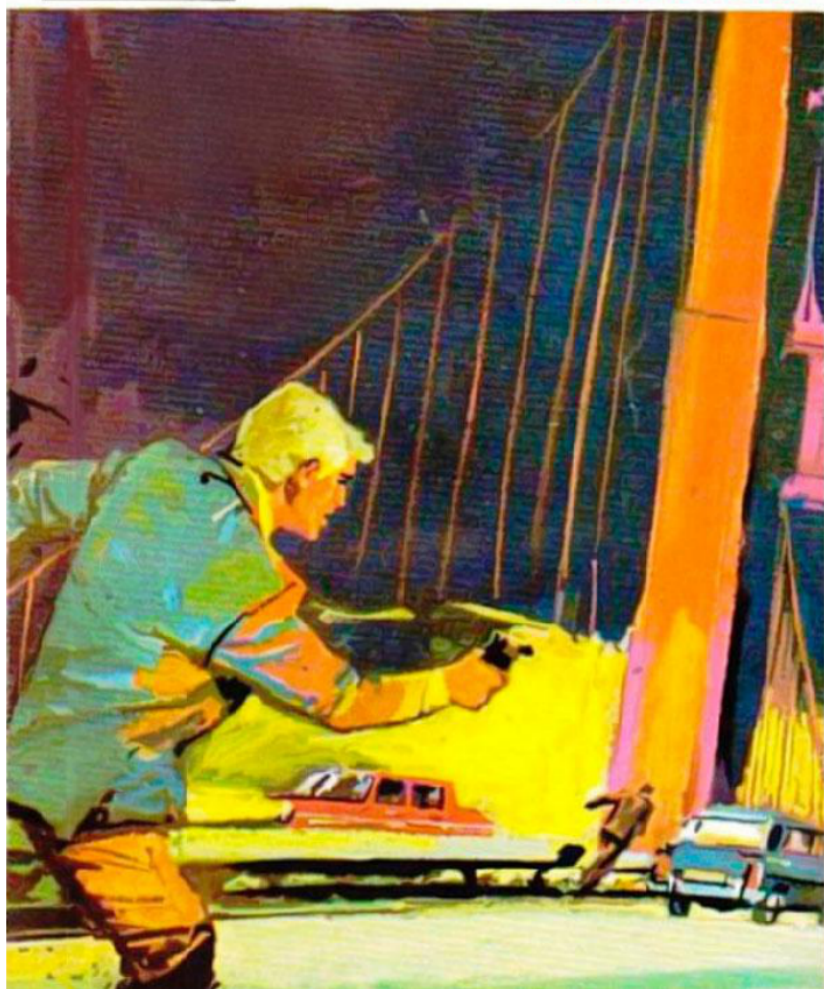


BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERIE
**PUNTO
ROJO**

la noche es para morir

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO



BURTON HARE

LA NOCHE ES PARA MORIR

Colección **PUNTO ROJO** n.º 502

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Dépósito legal: B 40.589 - 1971

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: diciembre, 1971

© BURTON HARE, 1971
sobre la parte literaria

© DESILO, 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.094 — La primera bala.

En Colección PUNTO ROJO:

498 — ¿Qué había en la tumba?

CAPÍTULO PRIMERO

James Merrit estaba agarrado al teléfono y maldecía en voz baja a cada timbrado que oía sonar al otro extremo de la línea.

Al fin, convencido de que nadie iba a responder a la llamada, colgó violentamente el auricular y se levantó.

Ocupó los siguientes minutos en prepararse y beber una buena dosis de *whisky*, aderezado con dados de hielo que tomó de un recipiente de plata que descansaba sobre la mesita baja colocada junto al sofá.

Encendió un cigarrillo y dejó pasar el tiempo. Las cortinas de la ventana estaban echadas y los rayos del violento sol apenas lograban filtrar una parte de su brillante luminosidad, de modo que la habitación quedase sumida en una fresca penumbra.

Merrit incluso se dejó vencer por el sueño producido por la modorra durante largos intervalos. Cuando el sol había dejado ya de pelear contra las cortinas de la ventana se despabiló y consultó su reloj.

Dio un respingo y volvió a agarrar el teléfono. Esta vez tuvo más suerte. Una voz de mujer preguntó:

—¿Quién llama?

—Mac Alister.

—¡Oh!

Merrit sonrió al auricular, satisfecho del efecto causado.

—Estuve llamando todo el día. Si no le interesa a usted mi proposición, dígalo y ya sabe lo que haré.

—Bueno, estuve ausente...

—No sería por sus ocupaciones domésticas, ¿eh? —soltó una carcajada llena de burla y añadió—: ¿Está dispuesta?

—Antes quiero asegurarme de que no miente usted.

—Por supuesto, le dejaré examinar el... «material».

—No crea que voy a ir adonde usted me diga. Después de todo,

soy sólo una mujer. —Bueno, ¿cómo desea hacerlo entonces?

—Encargaré a alguien de confianza, alguien en quien puedo confiar absolutamente.

—Éste... ¿Quién?

—Eso es asunto mío.

—Conforme, pero no crea ni por un momento que se va a zafar de esto con la ayuda de un tipo listo. La que él vea serán copias solamente, así que no sacaré nada con tratar de quedarse con ellas sin pagar. ¿Está claro?

—No estaba pensando en eso.

—Muy bien. Esta noche, a las diez, en la habitación ciento siete del Beach Hotel. Estaré esperando.

—Entendido.

Colgó, echándose atrás en el diván.

A las diez y un minuto de la noche alguien llamó a la puerta.

Merrit se levantó. Llevaba sólo el pantalón y una camisa blanca que durante el día había perdido parte de su inmaculada apariencia a causa del intenso calor y de las largas horas de permanencia tumbado en el diván.

Miró a su alrededor. Pareció quedar satisfecho y se encaminó a la puerta. La llamada se repitió, impaciente.

Abrió, echándose a un lado para que el hombre entrara.

—Ha sido usted puntual —dijo Merrit.

—¿Usted es Mac Alister?

—Sí.

Cerró la puerta. El recién llegado se dirigió a una butaca y sentándose en ella esperó a que el inquilino de la habitación regresara al diván.

—¿Y bien, trae el dinero? —inquirió Merrit.

—Por supuesto.

—¿Quiere ver las copias?

—Exactamente.

—Le advierto que los originales y todo lo demás está guardado en otro lugar...

—Era de esperar.

Merrit le contempló empezando a sentir cierta inquietud. El visitante se mostraba demasiado frío, excesivamente seguro. No era lo que él había esperado.

Encogiéndose de hombros, fue al armario, lo abrió, dejando ver un par de trajes colgados y algunas camisas sobre un estante.

Sacó una cartera de viaje, y de ella extrajo un grueso sobre de papel manila. Volvió a cerrar el armario y entregó el sobre al visitante.

Éste sacó su contenido. Unas hojas de papel mecanografiado, evidentemente fotocopias de documentos; unas fotografías que le arrancaron un gruñido.

Estuvo mirándolo todo cuidadosamente. Merrit comenzó a reír entre dientes.

—Debí suponer que sería usted quien vendría —comentó.

—Sí —dijo el otro, guardando todo en el sobre otra vez.

Merrit se arrellanó en el diván.

—Bien, amigo, veamos el color de su dinero y podremos ir en busca de los originales.

—Es usted un tipo muy listo, Mac Alister.

—Si usted lo dice...

—Muy listo.

Metió la mano en el bolsillo. Cuando la sacó no contenía un fajo de billetes, sino una pistola calibre «32» que no tembló en absoluto cuando apuntó a James Merrit.

—Muy listo —repitió—, pero no lo suficiente.

Merrit dio un salto.

—¡Siéntese!

—¿Qué cree usted conseguir con eso?

—¡Siéntese, o le mato sin esperar nada más!

Poco a poco, Merrit volvió a dejarse caer sobre el diván. Pasada la primera impresión se tranquilizó. Sabía que no podían matarle porque eso significaría para el visitante perderlo todo.

—Está bien, usted es quien dirige la orquesta —gruñó.

—Puede estar seguro. Como trate de moverse, no podrá volver a hacerlo jamás.

Se levantó el hombre, acercándose al armario, que abrió. En unos segundos lo hubo arrojado todo fuera.

Merrit rió entre dientes.

—Pierde el tiempo, ya le dije que...

—¡Cállese!

—Bueno.

El hombre encontró al fin una pistola. Era una automática del «38», que pareció satisfacerle.

—¿Es suya? —preguntó.

—Naturalmente.

—¿Dónde tiene los originales?

—Adivínelo.

—Es usted un tonto, Mac Alister.

—Veremos.

El visitante examinó la «38», comprobando que estaba cargada. Tras esto, guardó su propia arma y siguió amenazando a Merrit con su pistola.

—Vamos a esperar un poco —dijo con calma, sentándose.

—Esperar... ¿qué?

—No trate de moverse. Ni hable. Es usted repugnante y vil, Mac Alister, una alimaña que apesta. Cierre la boca o se la cerraré yo.

Los dos callaron.

Fuera, la noche avanzó esparciendo un poco de brisa fresca que barrió el bochorno que había imperado hasta entonces. Las cortinas de la ventana se agitaron suavemente.

El rumor del tráfico era incesante, algo parecido al susurro de un gigante satisfecho. Las voces de los noctámbulos llegaban claramente desde las aceras.

Los minutos se sucedieron uno tras otro, lentos, implacables.

Los dos hombres permanecían perfectamente inmóviles, silenciosos, como auscultando la noche que avanzaba.

Merrit comenzó a ponerse nervioso.

—¿Qué diablos espera usted?

—¡Cierre la boca!

—Esto es absurdo. Si espera que confiese donde tengo el material sólo con ponerme nervioso, está usted loco.

—¡Le he dicho que se calle!

Merrit se estremeció, pero cerró la boca y continuó esperando.

El otro no parecía alterarse lo más mínimo. Estaba tranquilo, sosteniendo la «38» como si fuera parte de su propio ser.

A las once y media, Merrit estaba a punto de estallar, pero creyendo que aquello era justamente lo que el otro aguardaba se contuvo y fingió una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir.

A las doce y siete minutos se oyó un lejano estrépito que se

aproximaba lentamente.

Merrit apenas le prestó atención. El visitante enderezó un poco el cuerpo y eso fue todo.

El estruendo pertenecía a un pesado camión de transporte sin duda alguna, un camión que fue acercándose más y más...

Cuando pasó por debajo de la ventana, el rugido del motor al enfilarse la súbita cuesta hizo vibrar hasta los cristales.

El visitante dijo:

—Algo así era lo que esperaba, bastardo.

Merrit comprendió.

Comprendió demasiado tarde y el terror desencajó sus facciones.

Intentó levantarse, gritar.

Su propia «38» rugió una vez y el impacto de la bala en su cabeza cortó el intento, arrojándole hacia atrás. Quedó desmadejado sobre el diván, mientras el estruendo del disparo, ahogado con el retumbar del motor del gigantesco camión, se perdía al mismo tiempo que el estrépito de la calle se alejaba hasta perderse en la distancia.

El asesino se levantó sin prisas. Tomó el sobre color manila y, doblándolo, lo introdujo en su bolsillo. Limpió cuidadosamente la pistola de Merrit y la arrojó al suelo con disgusto.

Luego, recogió todo lo que había esparcido antes por la habitación, depositándolo cuidadosamente en el armario. Cuando terminó, todo estaba otra vez perfectamente ordenado.

Entonces, tras una última mirada a su víctima, se encaminó a la puerta y salió, cerrando con cuidado hasta que el pestillo hubo encajado en su lugar.

CAPÍTULO II

La mujer consultó el reloj. Eran las doce y diez minutos de la noche.

Murmuró algo entre dientes y bebió un sorbo del largo vaso que sostenía entre los dedos.

No era ya una muchacha, pero tampoco había llegado a los treinta ni mucho menos. Su cuerpo era lo que las solteronas llaman «provocador». Ella sabía resaltar violentamente cada una de las curvas que debía ser realzada, y todas sus ropas estaban confeccionadas para sacar el mayor partido posible de aquel cuerpo que, después de todo, era todo su capital.

La vida no la había tratado bien en sus primeros años. Luego supo espabilarse y las cosas mejoraron, aunque no tanto como ambicionaba.

Quizá ahora la suerte cambiara de una vez por todas.

A las doce y quince minutos se acercó al teléfono, consultó el número que tenía anotado en la libretita destinada a ello y lo marcó a continuación.

—¿Beach Hotel? —preguntó cuando obtuvo respuesta—. Sí, señora. ¿En qué podemos servirle? —Deseo hablar con el señor Mac Alister—. Perdone, a estas horas no...

—El señor Mac Alister me dijo que le llamase justamente a esta hora.

—Eso es distinto... un momento, por favor.

Esperó. Desde donde estaba podía ver su imagen reflejada de cuerpo entero en el gran espejo que ocupaba parte de la pared donde estaba el pequeño bar bien provisto de bebidas.

Se sintió muy satisfecha de su aspecto. Vestida con la corta blusa anudada sobre su estómago desnudo y los diminutos *shorts* blancos, todo su cuerpo resaltaba con el color dorado que no era solamente fruto del sol de la playa.

Aprobó su propia imagen, dedicándose una alegre mueca.

De pronto, la voz en su oído dijo:

—Lo siento, señora; el señor Mac Alister no está en su habitación.

—¿Cómo?

—Dije que el señor Mac Alister no contesta, señora.

—Imposible. Me recomendó que le llamara puntualmente a esa hora...

—Se habrá retrasado tal vez. Vuelva a probar más tarde, o si lo prefiere puede dejar su número para que él la llame.

—Sólo dígame que he intentado hablar con él. Mi nombre es Margo.

—Muy bien, señora.

Colgó, sintiéndose desconcertada.

Llenó su vaso una vez más. Estaba bebiendo demasiado, pensó. Y al encender un cigarrillo se dijo que también fumaba con exceso... En realidad, había muchas cosas que hacía con exceso.

Se rió, tendiéndose en el curvo diván.

No quería dormirse hasta que él la llamara diciéndole que todo había salido bien.

Estuvo bebiendo y fumando durante más de dos horas.

Entonces, la impaciencia la hizo saltar fuera del diván y llamar de nuevo al hotel.

La respuesta la descorazonó:

—No, señorita, el señor Mac Alister no contesta.

Una súbita idea la asaltó, estremeciéndola.

—Escuche... no habrá dejado el hotel, ¿verdad?

—Naturalmente que no. Tal vez salió con deseos de divertirse un poco...

—Pero él me dijo... No importa, cuando regrese dígame que le he llamado. Soy Margo, él ya sabe...

—Muy bien, señora.

Estaba inquieta, terriblemente preocupada, pensando que quizá él se había largado dejándola en la cuneta. Si fuera así sería capaz de matarle... pero no, era imposible. El hombre había perdido la cabeza por ella. Nunca haría nada que pusiera en peligro sus relaciones, aquellas noches que le volvían loco, aquellas horas de desgranar proyectos juntos, de planear un futuro inmediato lleno de

placer.

No obstante, no pudo dormir a pesar de que lo intentó. Amanecía cuando saltó del lecho y, despojándose de la leve prenda de noche que llevaba, dejó que el agua fría de la ducha despejara su cansada mente y diera elasticidad a su soberbio cuerpo.

Esperó todavía, porque pensó que una llamada a estas horas intempestivas haría que se despertasen las suspicacias de los empleados del hotel. Estaba segura que él había regresado ya, pero no quiso llamarle debido precisamente a lo avanzado de la noche.

A las ocho telefoneó. La hicieron esperar unos minutos, mientras el telefonista, o quien fuese, trataba de despertar al huésped.

—Lo siento, señorita —dijo la voz de aquel hombre— la habitación ciento siete no contesta.

—¡Oh!

Se quedó sin aliento y colgó mientras el auricular aún vibraba con la voz del empleado.

Ahora ya no cabían dudas. Algo había sucedido.

El se había largado después de realizar la operación.

Eso era, seguro.

Todo el dinero para él solo. No había querido repartir, ni llevarla a los lugares que habían planeado juntos en sus momentos más íntimos y apasionados.

O tal vez la cosa saliera mal...

Pero no, él le había asegurado que era una operación sencilla, sin riesgos si uno sabía cómo desenvolverse...

¿Y si...?

Mil conjeturas la atormentaban.

Hubiera querido ir al hotel, pero un extraño temor la detuvo. Si la cosa había salido mal, no quería que nadie pudiera relacionarla con Mac Alister.

Nada de líos.

Ya había tenido bastantes a lo largo de su vida.

De nuevo sintió renacer la esperanza. Estaba complicándose la vida sin razón. Quizá, y eso era lo más seguro, Mac Alister hubiera tenido que esperar... cincuenta mil dólares en billetes pequeños no se reúnen así como así.

De un momento a otro, él la llamaría, seguro. Tranquilizada de nuevo, empezó a prepararse el desayuno dispuesta a aguardar tanto

como fuera preciso.

CAPÍTULO III

Mike Timbel conducía su polvoriento «Cadillac» descubierto a noventa millas por hora. Conducía bien, pero sin experimentar placer alguno.

En realidad, había muy pocas cosas que le causaran auténtico placer en este mundo, y en cuanto al otro jamás se había parado a pensar en él detenidamente.

No disfrutaba siquiera con el hermoso paisaje que recorría, ni con la inmensidad del mar a su derecha, ni con el calor del sol ni con la soberbia cúpula azul en la cual ardía el astro rey.

De la radio del coche brotó la mágica vibración de una trompeta, y luego unos fantásticos coros cuya melodía se elevó con la vivacidad y la armonía del agua de una cascada despeñándose en las montañas.

El apenas le prestó atención.

Estaba pensando en la mujer por la cual realizaba ese viaje, en sus palabras, en su inquietud, en qué había sido un estúpido y en que estaría mucho mejor tumbado en la playa dejándose tostar al sol como un viejo y experimentado lagarto, contemplando los cimbreados cuerpos de las muchachas de biquini, viéndolas nadar, jugar, reír y amar libremente ante sus ojos.

En lugar de eso, manejaba el coche bajo un sol implacable hacia un lugar desconocido sólo porque una mujer medio histérica había sabido convencerle.

—Pude haberla mandado al diablo —gruñó en voz alta.

Los coros y la trompeta se elevaron sonoramente, como un canto al amor y la vida.

—Bueno, no pude. A ella no —se rectificó a sí mismo.

Hundió un poco más el pedal del acelerador y pasó zumbando a un coche en el que una apacible familia se dirigía a disfrutar de sus vacaciones.

Una hora más tarde, y tras coronar una suave ondulación del terreno, Golden Beach apareció allá abajo, extendida bajo el sol, en torno a la bahía y como incrustada en el mismo mar.

Reconoció que era una ciudad más grande de lo que había imaginado.

Había algunos inmensos bloques de acero y cristal elevándose cual gigantes aquí y allá, seguramente hoteles o edificios de apartamentos dedicados a alquiler durante la temporada veraniega, pero la mayor parte de la población eran casas de dos o tres plantas, de color blanco, salpicando el verde intenso de los jardines.

Un lugar de placer y descanso sin la menor duda, perfectamente planeado, urbanizado, decorado y conservado.

Refunfuñó entre dientes al iniciar el descenso. El motor del «Cadillac» vibró al cambiar de marcha y aumentó la velocidad, adelantando como un rayo a una fila de automóviles cargados de gente con aspecto placentero y alegre.

Redujo la velocidad al aproximarse a las primeras calles, entre otras razones porque distinguió un autopatrulla pintado de verde y blanco estacionado en una esquina.

Manejó con cuidado hasta una estación de servicio. Hizo que le llenasen el tanque y al pagar preguntó:

—¿Queda muy lejos el Beach Hotel?

El empleado le dio las indicaciones precisas y reanudó la marcha tratando de recordarlas.

Cuando estacionó el coche en el sombreado aparcamiento del hotel, tan cerca del mar que parecía como si las mansas olas pudieran llegar hasta sus pies, eran las once de la mañana.

Mike Timbel caminó sin prisas hacia la entrada. Había un portero que debía tostarse vivo dentro de su pesado uniforme que apenas le dirigió una mirada.

El recepcionista era un individuo de rostro pálido sobre cuya piel jamás debía permitir que el sol pusiera su marca. Llevaba el cabello rizado, y a Mike no le habría sorprendido en absoluto ver que sus cejas estaban también cuidadosamente depiladas.

—Busco a James Merrit —le espetó—. ¿Cuál es su habitación? —¿Merrit dijo usted?

—Así es.

—Un momentito, por favor.

—Todos los que quiera —rezongó, apoyándose en el mostrador.

Vio cómo el empleado consultaba su registro. Le vio fruncir el ceño y comprobar una vez más la lista de clientes.

Le vio enarcar sus bien dibujadas cejas y supo la respuesta por adelantado.

La contestación fue:

—Lo siento, señor, pero no tenemos a ningún señor Merrit entre nuestros clientes. Mike suspiró.

—¿Está seguro? —Por supuesto.

—Es sorprendente...

Pensó que Merrit quizá estuviera metido en una aventura amorosa o algo así y frunció el ceño. No porque le importase en absoluto la vida de Merrit, sino por la mujer a causa de la cual estaba justamente haciendo todo esto.

—Me dijo que se alojaría en este hotel —mintió—. Pero veo que no ha llegado todavía...

Oiga, ahora que se me ocurre, quizá otro amigo mío se encuentre aquí alojado...

Sacó la cartera y de ella una pequeña fotografía.

—Éste es mi amigo —dijo, mostrándola al empleado.

El hombrecillo de tez blanca sonrió, mostrando unos dientes relucientes, impecables.

—¡Oh, éste es el señor Mac Alister, señor!

—Ése es su nombre. ¿Se hospeda en el hotel?

—Habitación ciento siete. ¿Quiere que le anuncie?

—¿Está arriba ahora?

El hombre dio un vistazo al casillero del que colgaban algunas llaves.

—Seguro, señor. Su llave no está aquí.

—Entonces, prefiero darle una sorpresa. De paso, quizá él sepa dónde puedo encontrar a mi amigo Merrit.

Dejó un billete sobre el mostrador, que desapareció tan rápidamente que le hizo dudar de que lo hubiera dejado allí, y luego se encaminó a los ascensores.

La habitación que buscaba estaba al final de un amplio pasillo. Vio a una mujer cuyas caderas cimbrecaban provocativamente andando ante él y luego ella se paró ante una puerta.

Mike siguió adelante hasta el recodo y allí se detuvo. La mujer

estaba llamando en la puerta del ciento siete.

Oculto por el recodo del pasillo, esperó a ver qué sucedía. La mujer llamó una y otra vez, cada vez con más urgencia, con más fuerza.

Mike asomó un ojo. La vio tan impaciente que estuvo seguro que cualquier ruido la haría saltar hasta el techo.

Ella dio un vistazo arriba y abajo. Luego, sacó unas llaves del bolso y las probó una tras otra en la cerradura de la puerta.

No obtuvo éxito. La puerta resistió y la muchacha dejó escapar una especie de quejido lastimero, llena de desesperanza.

Al fin, después de titubear un buen rato, se alejó.

Ahora ya había olvidado el provocativo contoneo de las caderas y caminaba abatida, igual que si estuviera terriblemente cansada.

Mike no lo pensó mucho. Viendo que Merrit no estaba en la habitación decidió averiguar quién era aquella impaciente dama y la siguió.

Estuvo fijándose en la grácil cabellera rubia como un campo de trigo maduro, en su esbelta cintura y la ampulosidad de sus caderas. Vestía bien, aunque fueran ropas de verano destinadas más que nada a realzar cada sinuosidad de su cuerpo.

Ella no llevaba coche. Estuvo andando sin prestar atención a nada de cuánto había a su alrededor, lo que facilitó la tarea del hombre que seguía sus pasos.

Veinte minutos más tarde, entró en un edificio de apartamentos, una colmena aséptica con la fachada salpicada de pequeñas terrazas en las que multitud de hombres y mujeres se tostaban al sol tratando de adquirir un bronceado en forma acelerada, porque el reducido tiempo de sus vacaciones no les daba para más.

Mike entró tras ella despreocupadamente. La vio tomar un ascensor y corrió para entrar cuando la muchacha se disponía a cerrar las puertas.

—Perdone —exclamó—. ¿Qué piso?

—Quinto.

Le sonrió, pero ella estaba tan preocupada que ni siquiera lo llegó a advertir.

El aparato se detuvo y la mujer salió al pasillo. Mike la imitó y mandó el aparato de vuelta abajo.

Ella entró en un apartamento sobre cuya puerta campeaban unas

cifras de metal dorado:

D-67.

Mike pasó de largo hasta estar seguro de que ella no volvería a salir y luego abandonó el edificio, regresando al Beach Hotel sumamente intrigado.

Esta vez el recepcionista no le vio. Subió por las escaleras directamente a la habitación ciento siete y, tal como hiciera la mujer, llamó asegurándose de que lo hacía lo bastante fuerte como para despertar al huésped en caso de que estuviera dormido.

Como no obtuviera respuesta, se dispuso a practicar sus mañas, aunque valiéndose de otras herramientas de las que ella utilizara.

Al final del pasillo vio a las camareras del hotel que salían de una habitación y entraban en la siguiente. No tardaría mucho en llegar a la ciento siete para hacer la cama y limpiarla.

Abrió la puerta y se coló dentro, cerrando cuidadosamente.

Las luces estaban encendidas. Debían haberlo estado desde la noche anterior, porque un cadáver no puede apagar ninguna luz.

—Bueno, te la dieron —rezongó muy bajo.

Dominó un escalofrío ante la visión del cráneo medio destrozado por la bala, de la sangre y todo lo demás esparcido por el diván. Luego, buscó rápidamente por la habitación hasta encontrar el clásico letrero:

DO NOT DISTURB

Abriendo, lo colgó por fuera y volvió a cerrar, seguro de que las camareras pasarían de largo ante la puerta. Entonces se aproximó al cadáver y estuvo contemplándolo unos instantes.

No tenía un aspecto agradable. Nadie al que le vuelan media cabeza lo tiene.

—Maldito seas, Merrit, maldito seas —masculló entre dientes, sintiendo cómo la ira iba apoderándose de él—. ¿Y ahora qué?

Naturalmente, no obtuvo respuesta alguna.

Con infinito cuidado tanteó los bolsillos del pantalón que el cadáver llevaba puesto. Estaban vacíos.

Protegiéndose los dedos con un pañuelo, abrió el armario. Todo estaba en orden. Había dos trajes colgados, así como la chaqueta que hacía juego con el pantalón del muerto.

Registró los bolsillos de éste. No había mucho, y nada de ello

tenía ningún interés.

Lo dejó todo como estaba y luego le tocó el turno a la cartera de viaje.

Vacía también, al igual que la maleta de mediano tamaño.

—De modo que te hacías llamar Mac Alister, bastardo —gruñó, mirando el cuerpo inerte—. Me gustaría saber por qué. ¿Por esa muñeca que estuvo antes en la puerta quizá?

Oyó a las camareras en el pasillo. Entraron en la habitación de al lado y las oyó moverse en ella, riéndose por algo.

Reflexionó apresuradamente. Sintió tentaciones de examinar la pistola caída más allá de la butaca, a cinco o seis pasos del cadáver, pero no la tocó al final, sino que dirigiéndose a la puerta la abrió atisbando fuera.

El pasillo estaba desierto. La puerta de la habitación vecina aparecía abierta y dentro podían oírse las voces de las dos camareras.

Mike salió, cerrando otra vez dejando el rótulo en el pomo de la puerta. Bajó rápidamente y abandonó el hotel sin que tampoco ahora el recepcionista pudiera verle.

Tomó el coche y se alejó de los alrededores. Condujo cuidadosamente hasta descubrir un bar grande y concurrido. Estacionó y entró en el establecimiento.

Pidió un refresco y llevándolo con él fue a encerrarse en la cabina telefónica. Pidió comunicación con Los Angeles y mientras esperaba sorbió un poco de bebida. Estaba caliente y tenía un gusto a desinfectante que le arrancó una mueca de disgusto.

Abandonó el vaso en la repisa. Cuando la comunicación se estableció, una voz de mujer murmuró:

—¿Sí?, hable.

—¿Eve?

—¡Mike! ¿Eres tú?

—Seguro.

—¿Desde dónde me llamas?

—Golden Beach.

—Mike... ¿Qué pasa, lo encontraste, está bien?

—Tranquilízate...

—¡Oh, al diablo con eso! ¿Encontraste a James? —Sí, lo encontré.

Oyó perfectamente el largo suspiro de la mujer.

—James está muerto, Eve —dijo sin rodeos.

—¡Mike!

—Lo siento, querida. Hubiera podido envolver la noticia en un puñado de lugares comunes sin sentido, pero creo que lo preferirás así. Alguien... alguien lo mató anoche.

—¡Oh, no...!

Esperó pacientemente, mientras escuchaba la lejana voz sollozando amargamente.

Valiéndose de una sola mano, sacó un cigarrillo y lo encendió. Dio un vistazo al refresco, sintiendo la boca seca como papel de lija, pero no tuvo valor suficiente para beber aquella pócima.

Al fin, ella preguntó:

—Mike, ¿saben quién lo hizo?

—¿Te refieres a la policía? No saben siquiera que haya un cadáver en la habitación ciento siete de ese hotel. —¿No lo denunciaste?

—No estoy muy seguro de que me convenga hacerlo.

—Pero ¿por qué? ¡Mike! Quiero que el criminal pague ese crimen...

—Lo cazarán tarde o temprano, no te inquietes. Pero yo entré en la habitación sin permiso, ¿entiendes? Forcé la cerradura. Eso les puede llevar a conclusiones desagradables. No, Eve; tengo que hacerlo de otro modo.

—Comprendo. ¡Dios, no sé qué decir, Mike...!

—No tienes nada que decir. Toma el coche y ven para acá. La policía querrá hablar contigo, pero no lo hagas hasta dentro de una hora poco más o menos, para justificar el tiempo. Creerán que te llamé después de encontrar el cuerpo.

—Mike...

—Dime.

—¿Está..., quiero decir...?

—¿Te refieres a su aspecto?

—Sí.

—No es agradable.

—Oh...

—Haz lo que te he dicho, Eve. Y recuerda... te llamé poco más o menos a la una del mediodía, ¿comprendido?

—Sí, Mike...

No salgas de ahí hasta dentro de una hora.

—Voy a necesitar todo ese tiempo para sentirme de nuevo con fuerzas para conducir.

—Lo comprendo. Trata de calmarte, ¿quieres?

—Lo haré. ¿Dónde nos veremos?

—He visto un hotel llamado igual que la ciudad, Golden Beach Hotel. Inscríbete en él con tu verdadero nombre.

—Está bien.

Mike colgó sintiendo un sabor nauseabundo en la boca. Tomó el vaso de refresco y regresó al mostrador.

El mozo fue a su encuentro.

—Tire ese matarratas y traiga un *whisky* con hielo.

El mozo se encogió de hombros, tomó el vaso y se alejó.

Mike se sorprendió al descubrir que sus ideas se alejaban de lo más importante, que era la muerte de James Merrit, y tomaban otros derroteros.

Maldijo para sus adentros, pero eso no le libró de seguir pensando en Eve y en un pasado no muy lejano...

CAPÍTULO IV

El sargento Mander era un hombre rudo, fuerte y eficiente. Sus ojos eran dos rendijas aceradas en las que chispeaba una voluntad a prueba de bomba.

Cuando se cansó de mirar el cadáver se volvió hacia Mike echándose el sombrero descuidadamente hacia la nuca.

—Repítame su historia, señor Timbel —gruñó.

—Tal como le dije, vine por primera vez buscando a James Merrit. Su esposa estaba muy inquieta porque hacía más de cuatro días que no sabía nada de él. Bien, subí a esta habitación, vi el letrero en la puerta y llamé. No obtuve respuesta y se me ocurrió que Merrit estaba bebido y no oía nada, así que me largué a dar una vuelta. Regresé como una hora más tarde y al no obtener respuesta tampoco insistí para que el administrador del hotel abriera la puerta. Lo demás ya lo sabe.

—Señor Timbel, hay algo que no comprendo. ¿Por qué no vino la esposa de Merrit en busca de su marido, si sabía dónde estaba alojado?

—Ella no lo sabía, sargento. Merrit acostumbraba alojarse en este hotel cuando en sus viajes hacía noche en Golden Beach, pero en esta ocasión ella le llamó por teléfono y le dijeron que no había ningún Merrit en este hotel.

—Comprendo eso. Y según ese recepcionista afeminado —hizo una expresiva mueca y prosiguió—: usted le mostró una fotografía de Merrit como si fuera la de otra persona. —Lo hice.

—¿Por qué?

—Pensé que quizá Merrit estuviera en plena aventura amorosa con alguna dama, por lo que sería lógico que lo hiciera bajo nombre supuesto. Entonces mostré la fotografía y el empleado me dijo que aquél era Mac Alister. Fue así de sencillo.

—Fue usted muy hábil, ¿no le parece?

Mike se encogió de hombros. El sargento masculló algo entre dientes que él no logró entender.

Estaban solos en la habitación en compañía del cadáver. Los fotógrafos habían terminado su labor. El forense había dado su primera opinión y ahora sólo faltaba que llegaran los enfermeros para retirar el cuerpo. Por todas partes se veían rastros de los polvos utilizados por los expertos en su búsqueda de huellas dactilares.

—Está bien, salgamos de aquí, señor Timbel —decidió el sargento con evidente disgusto—. Habrá de dictar usted su declaración y firmarla cuanto antes.

—Lo sé.

Fuera, un agente con vistoso uniforme veraniego montaba guardia junto a la puerta. El sargento le ordenó que tan pronto se hubiesen llevado el cadáver sellara la puerta y él y Mike descendieron a la planta baja.

—En cuanto a la viuda... —empezó el sargento.

—Yo la llevaré a su oficina, sargento. Está en camino.

—Muy bien. No se demoren demasiado, señor Timbel. Por si le necesito, ¿dónde estará usted?

Pienso tomar una habitación en el Golden Beach Hotel.

El sargento asintió, se metió en su coche y salió zumbando del aparcamiento haciendo sonar la sirena.

Mike buscó un teléfono, consultó la guía y llamó al hotel en que pensaba hospedarse.

Cuando obtuvo comunicación preguntó:

—¿Llegó una señora llamada Eveline Merrit?

—Un momento, por favor.

Esperó como un par de minutos.

—Todavía no, señor. Y tampoco tenemos ninguna reserva a ese nombre.

—Pues resérvenla desde ahora. Y otra habitación a nombre de Mike Timbel. Que sean próximas, por favor.

—Entendido... ¿Dijo Mike Timbel?

—Sí.

—Está anotado, señor.

Colgó, subió al «Cadillac» y se dirigió al apartamento de la provocativa y frustrada visitante de Merrit.

El tablero del vestíbulo, lleno de tarjetas, le aclaró que la mujer

que ocupaba el cuarto *D-67* se llamaba Margo Fontaine.

Subió y llamó a la puerta.

Ella le abrió tan rápidamente que más parecía que hubiera estado esperando tras la puerta.

Sólo que al verle se detuvo y una expresión de desencanto se reflejó en su rostro.

—¡Oh! —murmuró—. Creí que...

Mike sonrió.

—¿Puedo pasar?

—No recibo a desconocidos aquí.

—¿Dónde los recibe entonces, linda?

Ella se estremeció.

—¿Quién es usted?

—Llámeme Mike. Soy un amigo de Merrit.

—¿Merrit? No conozco a nadie de ese nombre...

—¿Está segura?

—Por completo. Si eso es todo lo que...

Hizo ademán de cerrar la puerta. Mike empujó y se coló al interior, cerrando por su cuenta.

Los ojos de la mujer llamearon llenos de ira.

—¡Salga de aquí o llamo para que le echen! —exclamó.

—¿A quién piensa llamar?

—¿Qué? A la policía, naturalmente.

El sacudió la cabeza.

—Lo dudo mucho —dijo—. Si lo hiciera, habría usted de explicarles sus relaciones con Mac Alister.

Eso le dolió. Dio un paso atrás y balbució:

—¡Mac Alister!

—Supongo que usted le conoce por ese nombre...

—No, yo...

—No se canse. La vi intentar abrir su habitación. Sólo que para entonces él ya estaba muerto.

—¿El?

—Mac Alister.

Casi se cayó de espaldas. Una terrible palidez inundó su rostro y comenzó a retroceder a trompicones, como si sus piernas apenas pudieran sostenerla.

Sus largas y hermosas piernas tropezaron con el borde de una

silla y cayó sentada igual que una muñeca soltada de pronto.

Mike esperó. Sabía que el tiempo trabajaba a su favor.

Se oía el rumor del tráfico, la música de un aparato de radio que se elevaba por encima de todo lo demás; y los gritos de unos niños que jugaban en alguna parte.

Una mujer les gritó y los chiquillos callaron.

De pronto, ella musitó:

—¿Quién es usted, policía?

—No, en absoluto.

—Entonces, ¿quién...?

—Eso no tiene mucha importancia ahora, pero las relaciones que pudiera usted tener con James Merrit sí.

—Voy a volverme loca... El se llamaba Mac Alister, Tony Mac Alister...

—Tonterías. James Merrit. Yo vine buscándole por encargo de su esposa.

—¿Esposa?

Ahora, ella se levantó poco a poco, tan estupefacta como cuando oyó que su amigo estaba muerto.

—¿No sabía usted que él era casado?

—No... siempre creí que estaba soltero. Me dijo que después de... Bueno, que cuando terminase unos negocios nos iríamos juntos.

—¿Adónde?

—Primero a Miami. Después la idea era establecernos donde más nos gustara.

—Ya veo. Le tomó el pelo, linda.

—¡No!

Mike se encogió de hombros.

La radio había callado también. Sólo quedaba el rumor del tráfico, allá abajo.

El calor era pegajoso y el resplandor del sol, más allá de la ventana, hería las retinas como un cuchillo.

—¿Cuando le conoció usted? —preguntó de pronto.

Ella se sobresaltó.

—Hace mucho tiempo...

—¿Cuánto?

—Un año poco más o menos.

El se estremeció.

—Hábleme de Merrit. Sus palabras, sus proyectos, todo.

—¿Por qué tendría que hablarle de él? Ya está muerto.

Seguro que está muerto. Y alguien lo mató. ¿Prefiere que le diga a la policía que usted intentó forzar la puerta de su habitación?

—No, no...

—Bueno, adelante entonces.

—Yo... yo le quería —musitó de pronto—. Era el único hombre que se acercó a mí con deseos de dar y no solamente de tomar. Era agradable estar a su lado, escuchar cuando hablaba de sus proyectos. Iba a establecer un negocio cuando las cosas le salieran bien...

—¿Qué cosas?

Margo desvió la mirada.

—No sé... él decía «los negocios». Ahora todo iba a cambiar.

—¿A causa de esos negocios?

—Claro.

—Usted no es tonta. Sabe que los negocios no cambian de un día para el otro. James Merrit no era ningún potentado. Ganaba dinero para vivir con comodidad, pero eso era todo.

—Yo no sabía nada de él.

—¿No sospechó que esos negocios pudieran ser algo sucio?

—¿Y qué me importaba a mí? —estalló la mujer, irguiéndose con mal dominada furia—. Era dinero, y nunca me lo dieron sin exigirme demasiado a cambio. El fue el único que me ofreció una vida decente. ¿Podía rechazarle después de los jirones de vida que he dejado atrás a lo largo de años?

—Tómelo con calma, nena. Opino que debe saber algo de esos negocios, fueren los que fuesen.

—No, ni una palabra. Cuando estábamos juntos no... Bueno, quiero decir que no entraba en detalles.

—Está bien, dejémoslo así. ¿Se reunieron alguna vez en su habitación del hotel?

—No... siempre nos veíamos aquí, o en algún restaurante.

—A James Merrit alguien le voló la cabeza de un tiro —dijo Mike fríamente—. Ese alguien quizá sea quien saliera perjudicado con esos... «negocios» de que usted habla. Si usted...

—No lo diga. No sé nada. No quiero saber nada. Para mí, es otra

ilusión que muere antes de ser algo más que eso, una ilusión.

Mike esbozó un gesto de desaliento.

—Bueno, opino que no ha sido usted sincera conmigo, pero no la culpo. La vida debe haber sido muy dura con usted, pero si cambia de opinión, me alojo en el Golden Beach Hotel. Llámeme y vendré.

—No lo espere. Ese episodio ha terminado para mí.

—Quizá no.

Se dirigió a la puerta, la abrió y antes de salir dijo:

—Lo siento, nena.

Cerró y se fue.

La mujer se echó atrás, cerrando los ojos. De pronto, estalló en sollozos y se cubrió la cara con las manos, por entre las que rodaron las lágrimas de amargura y desesperanza.

CAPÍTULO V

Eveline Merrit se levantó poco a poco cuando él abrió la puerta. Tenía los hermosos ojos rodeados de un círculo oscuro, enrojecidos de tanto llorar.

—Hola, Eve —murmuró Mike, cerrando la puerta a sus espaldas.

—Mike...

De pronto, se precipitó entre sus brazos y escondiendo la cara en su hombro, lloró.

El le dio tiempo. Sentía una profunda ternura mientras la sentía estremecerse entre sus brazos. No pudo evitar que su mente le jugara otra vez una mala pasada al evocar lo que pudo haber sido y no fue, pero se dominó y acariciándole los largos cabellos como seda murmuró:

—Es mejor que trates de dominarte. Las cosas van a ser muy desagradables los próximos días, para que acabes de estropearlas por tu cuenta.

—Es todo tan horrible...

Un salvaje tirón sacudió todo el cuerpo del hombre.

La ira se adueñó de él por unos instantes y casi estalló.

Eveline añadió:

—El... él nunca hizo daño a nadie. —Te lo hizo a ti.

—¿Qué dices?

—¡Condenación! ¿Por quién me tomas?

—Mike.

El la apartó suavemente. Hizo un tremendo esfuerzo para dominarse.

—Olvídalo. Estoy alterado, Eve.

Ella volvió a sentarse con gesto cansado.

Mike encendió un par de cigarrillos y le dio uno a la mujer. Era extraordinariamente bonita, con una belleza serena, sugestiva y aplomada. Sus largas piernas tenían la línea justa para que uno

nunca pudiera olvidarlas después de verlas, lo mismo que el resto de su cuerpo prieto y juvenil.

—¿Cómo sucedió? —murmuró al fin.

—¿De veras quieres saberlo ahora?

—Sí, Mike.

—No es nada agradable.

—No importa. De todas formas, harán que lo identifique y lo veré entonces.

—Cierto. Alguien le disparó un tiro en la cabeza.

Ella se estremeció como si la hubiesen golpeado.

—¿No sufrió, Mike?

—Debió morir instantáneamente.

—¿Sabes? En cierta forma, eso es un consuelo. Pero ¿por qué?

—¿Cómo infiernos quieres que lo sepa? —exclamó él, de nuevo alterado.

Eve le miró con reproche, dolorida.

—¿Qué te ocurre, Mike?

—No lo sé... ¡Oh, maldita sea! Claro que lo sé. Y tú también. Y para venir a parar a eso.

Ya comprendo... Sigues dolorido por lo que pasó, ¿no es cierto?

—No pensarás que puedo sentirme muy alegre, Eve. Pero no es eso solo. Una mujer es libre de amar a quien quiera. Sobre el corazón no se manda. Tú le elegiste a él y no hay nada que decir.

—Tú estabas muy lejos, Mike, y James era tan... Bueno, tan convincente, tan amable y solícito. Sabía hacer que una mujer se sintiera importante y necesaria. ¿Comprendes lo que quiero decir?

El estaba muy pálido. Sus ojos de acero brillaban como si tuviera fiebre.

—Pudiste esperar mi regreso, eso es todo —murmuró.

Ella abatió la cabeza.

—¿Crees que es éste el momento de hablar del pasado?

Los sollozos hacían que su voz fuera temblorosa.

Mike se aproximó a la ventana, nervioso.

—Está bien, olvidemos el pasado. El presente es sólo la muerte de James. La policía ha iniciado las pesquisas. Saldrán algunas cosas desagradables a relucir y es mejor que cuando eso suceda estés preparada.

—¿Qué quieres decir?

—James no era como tú crees.

—¡Mike!

—¡Condenación! Deja de decir Mike a cada instante. Era un sucio hijo de perra, te guste o no. ¿Sabes qué tenía una amante desde hace más de un año?

—¡No, Mike!

—No llevabais mucho tiempo casados por entonces, ¿verdad? Y tampoco sabías que sólo esperaba rematar un extraño negocio para largarse con esa mujer, primero a Miami y luego a otro lugar donde establecerse definitivamente con el dinero de ese misterioso negocio.

—¡Estás mintiendo! —sollozó Eve.

—¿Por qué habría de mentir?

Ella le miró por entre el velo de sus lágrimas.

—¡Por despecho, porque no me has perdonado que me casara con él!

—Reconozco que estuve a punto de volverme loco cuando regresé de Oriente y lo supe, pero eso quedó atrás. Estoy diciéndote la verdad, y la policía lo comprobará a no tardar. ¿Por qué crees tú que estaba inscrito en el hotel con un nombre falso?

—¿Falso?

—Tony Mac Alister. Así era como le conocían aquí, por lo menos en estos últimos tiempos.

Esta vez ella no encontró palabras con que replicar. Una terrible angustia cerraba su garganta y sólo podía llorar.

Es lo que hizo durante los siguientes minutos.

Mike fumó furiosamente, como si tuviera prisa en terminar los cigarrillos.

Desde la ventana podía ver la ancha playa llena de gentes alegres, vocingleras, corriendo aquí y allá, zambulléndose en el mar... Una imagen de vida que no encajaba precisamente con su estado de ánimo.

Al fin, se volvió hacia la mujer.

—¿Te sientes con fuerza para acudir a la policía? Les dije que te llevaría...

—Está bien, Mike. Dame un poco de tiempo.

Se levantó y, sin mirarle, fue a encerrarse en el cuarto de baño.

Mike comenzaba a impacientarse cuando ella reapareció. Había

retocado un poco su rostro, aunque sin conseguir borrar de él las huellas de la amarga tormenta en que se debatía.

Se miraron durante unos segundos. El murmuró:

—Lo siento, Eve. Espero que podrás perdonarme.

—Comprendo tus sentimientos. Si todo lo que me dijiste es cierto, entonces reconoceré mi error y seré yo quien te pida disculpas.

—No necesitas hacerlo. Sólo cálmate. Necesitas estar serena cuando hables con los polizontes.

—¿Nos vamos?

El asintió. Tomándola del brazo se encaminaron a la puerta. Para ellos, la pesadilla sólo había comenzado.

CAPÍTULO VI

Les tomaron declaración por separado. Mike firmó después, en presencia del sargento Mander.

Éste se echó atrás en el sillón y comentó:

—Estoy esperando aún el informe de la autopsia. También los peritos de balística están trabajando en la bala y la pistola... este asunto nos va a dar muchos dolores de cabeza.

—¿Por qué?

—El cambio de nombres. ¿Por qué inscribirse con nombre supuesto?

—No me lo pregunte a mí, sargento.

—Una fulana.

—¿Cómo?

—El tipo tenía un lío con una mujer. Estaba casado, así que necesitaba discreción, proteger su nombre. De ahí que utilizara el de Mac Alister.

—Es lógico. ¿Sabe algo en concreto sobre esa mujer?

—Sólo que se llama Margo. Llamó al hotel dos veces. Parecía inquieta e impaciente, y dejó su nombre para que Mac Alister le telefonara a su regreso. Sólo que entonces él ya estaba muerto.

—Ya veo. ¿Alguna idea respecto a la identidad real de la dama?

—Todavía no. Estamos trabajando en eso. Otra cosa, señor Timbel. —¿Sí?

—¿Piensa usted quedarse por aquí, o regresar a Los Angeles?

—Acompañaré a la señora Merrit cuando ella vuelva a casa.

—Claro, claro... Ese tipo, Merrit...

—¿Sí?

—Se me ocurre que usted no debía quererle bien precisamente, ¿no es cierto?

Mike se puso instantáneamente en guardia.

—¿Por qué no? Fuimos amigos desde nuestra infancia.

—Pero él le birló la novia, con la que se casó.

Mike forzó una sonrisa.

—Estuvo usted escarbando.

—No podía dejar de hacerlo, señor Timbel.

—Claro, claro, lo comprendo.

—También averigüé no pocas cosas sobre usted mismo. Una vida muy agitada, ¿no cree?

—Depende del punto de vista.

—Vietnam primero, de donde le retiraron para encomendarle otras misiones importantes en Oriente. Aquí tropecé con una laguna que no pude llenar, puesto que usted desapareció durante cierto tiempo y nadie pudo decirme dónde estuvo...

—Y no espere que sea yo quien se lo diga.

—No espero tal cosa. Bien, siguiendo con lo que decía, regresó y al parecer su situación financiera es lo suficientemente sólida para permitirle no tener preocupaciones económicas. ¿No es así?

—No me quejo.

—Estoy seguro que no. Posee usted licencia de investigador privado por el estado de California, sólo que no ejerce.

—Se ha movido usted mucho, sargento.

—Es mi trabajo.

—¿Qué más?

El policía esbozó una sonrisa.

—Estoy seguro que nada de lo que le dijera es un secreto para usted. Sólo quería hacer hincapié en que usted tenía un motivo perfecto para volarle la cabeza a su amigo Merrit.

—Si hubiese querido hacerlo, no habría esperado tanto tiempo, sargento.

—Ésa es una buena respuesta; no obstante...

Le interrumpió el agudo timbre del teléfono. Lo descolgó con disgusto:

—Habla el sargento Mander... ¿Quién? Oh, sí, capitán... Sí, señor, yo mismo... ¿Cómo? Su rostro quedó rígido de pronto. Luego se relajó y poco a poco se recostó en el sillón, como si acabaran de colocarle un peso de cien libras sobre la espalda.

—Comprendo... sí, señor. El informe médico y todo lo demás. Muy bien, capitán, así lo haré.

Colgó despacio, tan despacio como si temiera romper el aparato.

Sus ojos parecían vacíos cuando los fijó en Mike.

—Bueno, se acabó —dijo con una voz que sonaba igual que el chirrido de una sierra.

—¿Qué se acabó?

—El caso. Está cerrado.

—Vaya, me alegra oírsele decir, sargento. He de reconocer que trabajan ustedes endiabladamente rápidos. ¿Quién es el asesino?

—¿Qué asesino?

Mike parpadeó.

—¿Cuál va a ser? El que mató a James Merrit.

—No hay ningún asesino. Merrit se suicidó, señor Timbel.

Mike se quedó petrificado. Fugazmente, con la velocidad del relámpago, vio la escena de la muerte en su mente. El cadáver recostado en el diván. La pistola a una gran distancia y sangre por todas partes. Y la bala había saltado parte de la cabeza...

—¿Es un chiste? —balbuceó.

—El capitán acaba de comunicármelo por teléfono. El informe del médico forense no deja lugar a dudas.

La pistola contenía sólo las huellas del propio Merrit y se ha comprobado que la tenía registrada a su nombre... Según el capitán, han efectuado la prueba de la parafina y había rastros de pólvora en la mano derecha de James Merrit. Según me dijo, hay otros datos que confirman la teoría del suicidio... Buenas tardes, señor Timbel.

Mike se levantó como un autómata.

—De modo —dijo—, que es así como hacen las cosas en este pueblo.

—Golden Beach no es ningún pueblo, recuérdelo si quiere evitarse disgustos.

—Lo recordaré, y también muchas otras cosas. Me equivoqué con usted, sargento.

—¿En qué se equivocó?

—Desde que le vi, estuve seguro que era usted un buen policía.

Se encaminó a la puerta sintiéndose rígido, como si sus miembros hubiesen sufrido un ataque de parálisis. Antes que saliera el sargento gruñó:

—Otro de los detalles que el capitán mencionó, fue que la pistola estaba junto al cuerpo, sobre el diván. Cierre la puerta al salir, señor Timbel.

—¡Condenación! Usted vio lo mismo que yo, sargento.

—¿Yo?

—Y se tomaron fotos...

—En las fotos, aparece la pistola junto a la mano derecha del cadáver, sobre el diván, puede estar seguro.

—Pero usted...

—Adiós, señor Timbel. Estoy cansado. Ha sido un día duro y ansío regresar pronto a casa. Tengo mujer y cinco hijos, ¿sabe usted?

—Comprendo.

Cuando salió, encontró a Eve esperándole sentada en un banco de madera, en la sala de detectives. Estaba muy tiesa, pálida y macilenta. Pero sus ojos chispeaban con algo que antes no estaba allí.

Se levantó cuando le vio.

—¿Te han dicho lo mismo que a mí? —balbuceó.

—¿A qué te refieres?

—A que James se... se...

—¿Se voló él la cabeza?

—Sí.

—Eso fue lo que el sargento supo por teléfono. Luego me lo comunicó a mí.

—¿Tú qué crees?

—Es falso. Le asesinaron. Pero ahora ya es inútil intentar probarlo siquiera. Yo vi la pistola a seis pasos del cuerpo. Pero ahora resulta que estaba en un diván, junto a la mano de James. Cuando yo salí de allí dejamos el cadáver, en espera de que los camilleros fueran a buscarlo. Pudieron arreglar todas las fotografías precisas entonces.

—Pero ¿por qué, Mike?

—No lo sé. Ni creo que importe mucho a estas alturas. Quizá no les gusta que un lugar de placer y descanso como éste se vea manchado por un asesinato. Eso podría asustar a los turistas.

—Es horrible...

—Lo es. Vamos, salgamos de aquí.

Salieron lentamente. Cuando recorrían el pasillo final, una puerta se abrió un poco y el sargento Mander asomó por ella.

El hombre no parecía satisfecho ni feliz precisamente.

CAPÍTULO VII

Acababan de cenar en el hotel. Durante toda la cena ninguna de los dos había pronunciado más allá de cinco palabras.

En la mesa, instalada en la terraza, la gente conversaba con voces que no eran otra cosa que murmullos, como si temieran turbar el suave rumor del mar cuyas blandas olas morían con un susurro al pie de la balaustrada.

Cada mesa tenía una débil luz, la suficiente para ver lo que había sobre el mantel. El resto quedaba sumido en agradable y fresca penumbra.

Un camarero retiró el servicio y se marchó.

Mike encendió dos cigarrillos y le pasó uno a Eve.

—¿Te sientes mejor? —preguntó.

—No lo sé, de veras. Estoy tan confundida que apenas puedo pensar con serenidad.

—Lo comprendo.

—¿Qué podemos hacer ahora, Mike?

—Todo lo que se me ocurre es regresar a Los Angeles. Nada nos queda por hacer aquí.

—Pero dejarlo así... de esta manera tan sucia...

El se envaró.

—Todo en él era sucio —gruñó—, y no me vuelvas a decir que los muertos merecen respeto. Estoy harto de todo este maldito asunto.

Ella le miró a los ojos, buscando en ellos una chispa de calor, algo que le delatara el verdadero estado de ánimo de Mike.

Todo lo que encontró fue un brillo acerado, casi salvaje.

—Está bien, Mike, si es eso lo que quieres. Volveremos a casa y...

—Tú volverás a tu casa.

—¿No es lo mismo?

—Yo vivo en el apartamento de un hotel.

—Bueno, si quieres puntualizar hasta ese extremo...

—Lo lamento, tengo los nervios tirantes esta noche.

Ella esbozó un asomo de sonrisa.

—Lo comprendo, Mike. Hiciste todo lo que estaba en tu mano. En realidad, hiciste más de lo que cabía esperar. Yo sé perfectamente lo que debió costarte acceder a mi petición, cuando te supliqué que vinieras a Golden Beach...

El cabeceó, asintiendo, pero no replicó.

Había una orquesta en alguna parte cuyas melodías se extendían apenas audibles, como un complemento al susurro del mar y al leve rumor de las voces.

De pronto, como si fuera algo que hubiera estado reteniendo por mucho tiempo, Eve murmuró:

—¿Cómo es ella, Mike?

—¿Quién?

—Esa mujer, ya sabes.

—¿Por qué insistes en atormentarte?

—Quiero saberlo, Mike. ¿No comprendes?

—Todo lo que tienes que hacer es olvidarlo cuanto antes. No te hará ningún bien torturarte una y otra vez pensando en lo mismo.

—Algo debe tener cuando James la... la prefirió a mí.

—Tiene muchas curvas —gruñó él de mala gana—. Se mueve como si estuviera siguiendo el compás de una rumba y eso es todo.

—¿Curvas?

—Ya sabes; caderas, senos... ¡Demonio! ¿Qué quieres que te diga? Es una mujer espectacular.

—¿Más que yo?

—Distinta.

—¿Bonita?

El se encogió de hombros.

—Demasiado dura —dijo pensativo—. Aunque pensándolo bien, tal vez no toda la culpa de esa dureza sea suya.

—¿Te impresionó?

—No, no a mí Mis gustos son más apacibles. Ella tiene el tipo de esas modelos fotográficas, cuyas imágenes los marineros de la armada fijan por todo el barco, o los soldados en sus cuarteles.

—Ya veo.

—¿Eso era lo que querías saber?

—Poco más o menos.

—Entonces, ya es hora de que te vayas a descansar. Vamos, te acompañaré a tu habitación. Saldremos temprano, si te sientes con ánimos.

—Estaré preparada, aunque es un viaje muy largo para mí... no me ha gustado nunca conducir.

—Viniste en tu coche y yo traje el mío. No podemos dejar uno abandonado aquí.

Ella asintió, levantándose.

Mike la escoltó hasta la puerta de su habitación. Allí se detuvieron unos instantes sin saber qué decir.

—Bien, creo que lo correcto es desearte buenas noches —masculló él.

—Buenas noches, Mike.

Cuando ella hubo penetrado en su cuarto, él aún permaneció unos segundos más plantado en el pasillo, indeciso.

Era temprano para acostarse, por lo menos según sus habituales costumbres. Encendió un cigarrillo y echó a andar hacia las escaleras.

El bar del hotel estaba muy concurrido y una música suave daba al ambiente una intimidad agradable, muy de acuerdo con el estado de ánimo de las parejas que se susurraban en las mesitas, pero no tanto para el de Mike, quien pidió un *whisky* con hielo encaramándose a un taburete.

Apenas lo había probado cuando un botones voceó su nombre.

Le llamó con un gesto.

—Yo soy Timbel. ¿Qué ocurre?

—Le llaman al teléfono, señor Timbel. Como no respondió desde su habitación... —Está bien.

Le entregó un dólar, siguiéndole después hasta una cabina.

La voz que escuchó a través del auricular era bronca y dura. La reconoció al instante.

—¿Qué se le ha ocurrido ahora, sargento? —exclamó.

—No sabía si se había marchado usted ya, señor Timbel.

—¿Y telefoneó sólo para comprobarlo?

—Bueno, digamos que quise puntualizar un par de cosas.

—No tiene nada que aclarar conmigo. Usted tiene mujer y cinco

hijos. Eso quedó muy claro, y con ello todo lo demás.

—No sea quisquilloso, hombre. Quería decirle que vi las fotografías del legajo Merrit.

—¡No me diga!

—Valían la pena, señor Timbel. Tenemos excelentes fotógrafos en el Departamento, ya lo creo. La pistola se veía perfectamente, sobre el diván, apenas a dos pulgadas de la mano derecha del cadáver. No dejaban lugar a ninguna duda.

—Lo creo, sargento. Lo que me intriga es que me lo haya dicho con tanto detalle. —De algo hay que hablar, ¿no cree? Bien, buenas noches, amigo. ¿Cuándo se marcha usted?

—Mañana temprano.

—Entonces, buen viaje.

Mike colgó, estupefacto por aquella absurda llamada.

Pensativo regresó al bar, terminó el *whisky* y al fin fue a encerrarse en su habitación.

Le costó mucho dormirse, y cuando lo logró su sueño estuvo turbado por extrañas pesadillas, en el centro de las cuales se fundían los rostros de dos mujeres cada una de las cuales, y a su modo, irrumpía en su vida arrolladoramente.

CAPÍTULO VIII

Mike descendió a desayunar muy temprano. El sol aún no había invadido la terraza, y desde ella podía contemplarse la playa desierta, el mar y la espuma de las olas.

Apenas probó bocado, pero consumió dos tazas de café y encendió el primer cigarrillo del día. Decidió esperar a Eve en la terraza. Llamó al mozo y le pidió el periódico de la mañana para matar el tiempo durante la espera.

El encabezado del diario rezaba:

Golden Beach News

Había una mayoría de informaciones locales que le aburrieron, así como la infinidad de anuncios de hoteles, clubs, *cabarets* y negocios de toda índole dedicados al turismo.

De la muerte de James Merrit apenas un pequeño suelto perdido entre un mar de anuncios, dando cuenta del suicidio sin especificar siquiera dónde había tenido lugar.

En la última página estaban las informaciones de última hora.

Las leyó distraídamente, hasta que de pronto algo saltó ante sus ojos como un chispazo.

Era una escueta noticia:

«La policía investiga la muerte de una bailarina de *cabaret* llamada Margo Tay, hallada a última hora de la tarde de ayer en el camerino del local donde actuaba. Su muerte se produjo por herida de arma de fuego».

Eso era todo.

Mike relejó la noticia un par de veces. De ella no podía sacarse nada en concreto. Ni si la habían asesinado o si se había suicidado.

Pero lo que le inquietaba, intrigándole, era el nombre de «Margo».

Tal vez fuera una coincidencia, porque la que fuera amante de Merrit llevaba el apellido Fontaine y la mujer asesinada el de Tay, aunque éste bien podía ser su nombre artístico...

Abandonó la terraza y fue en busca del teléfono, desde donde llamó a la jefatura de policía.

Preguntó por el sargento Mander, pero le dijeron que había salido para realizar un servicio y colgó.

Volvió a consultar el periódico, limitándose ahora a los anuncios de *cabarets*. En la mayoría detallaban sus principales «estrellas» y no le costó hallar lo que buscaba.

Una bailarina llamada Margo Tay actuaba en el Papillón Club.

Dejó un recado para Eve y se encaminó en busca de su coche.

El Papillón Club estaba situado a una milla de la población, hacia el Sur, colgado sobre la misma playa en la cima de un promontorio rocoso.

El local estaba cerrado a esas horas de la mañana, como ya imaginaba, pero quedaban tres o cuatro coches en el estacionamiento.

Uno de los coches no era la primera vez que lo veía.

Cuando se atravesó la puerta se sumergió en un interior oscuro y fresco. Oyó voces al fondo y avanzó sin tratar de disimular su presencia.

Tres hombres giraron en redondo cuando se aproximó a ellos.

Uno de aquellos hombres casi pegó un salto al reconocerle.

—¿Qué infiernos hace usted aquí, Timbel?

—Buenos días, sargento. Justamente estaba buscándole.

—¿A mí?

—¿A quién si no?

—Es usted una fuente de sorpresas. ¿Cómo supo que estaba aquí?

—Intuición lo llamaría yo.

—¿Pretende burlarse de mí?

Uno de los otros rezongó:

—¿Quién es ese tipo, sargento?

—Un turista muy especial —rezongó Mander—. Encuentra

cadáveres aquí y allá.

—¿Se burla de nosotros?

Se volvió.

—Gracias por su ayuda, señor Thompson. Han sido muy amables.

—¿Terminó usted aquí, sargento?

—Creo que sí.

—Entonces, llévase a ese amigo suyo. El local no abre hasta las seis de la tarde.

—Claro, claro. Vamos, Timbel, hablaremos allá afuera.

Casi le empujó al exterior, donde el sol comenzaba a calcinar las rocas del contorno y arrancaba brillantes destellos de las aguas del mar.

—Bueno, ahora sin rodeos. ¿Cómo supo que me encontraría aquí?

Mike se encogió de hombros.

—Leí la noticia de la muerte de esa chica en el periódico de esta mañana.

—¿Y qué?

—Recordé que usted me dijo que una tal Margo estuvo intentando comunicar con Merrit, en su hotel. Pensé si no sería la misma chica.

—¿Y...?

—Traté de hablarle por teléfono, pero me dijeron que usted había salido en misión de servicio. Sumé dos y dos y por una vez me salieron cuatro. Así es como le encontré.

—Ya veo.

—Y bien, ¿era la misma?

—¿Cómo voy a saberlo? Apenas hemos empezado a trabajar.

—Me gustaría verla, sargento. Estoy volviéndome morbosos desde que llegué a este pueblo.

El sargento suspiró.

—Insiste en llamar pueblo a Golden Beach. Usted se encontrará con dificultades aquí.

—Y usted que lo diga.

—De cualquier forma, mi respuesta es «no». No puede usted ver el cadáver, entre otras razones porque ya fue identificado por quienes la conocían bien.

—¿Cómo piensa usted averiguar si es la misma chica que llamó a Merrit por teléfono? —No pienso romperme los sesos para aclarar eso. El caso Merrit está cerrado, sellado y archivado.

—Incluyendo las fotografías.

—Incluyendo las fotografías.

La voz del policía era tranquila e impersonal.

—Entiendo. Oiga, ¿también la chica se suicidó? Por lo visto, los aires de este pueblo no les sientan bien a la gente, ¿eh?

El sargento suspiró.

—Pueblo —dijo pacientemente—. Bueno, la mataron. Un disparo en la nuca con una «32».

—¿Seguro?

—Ajá.

—¿Y la pistola?

—No se encontró esta vez.

—¿Cómo van a convertirlo en un suicidio entonces?

—¿Está buscando que alguien le rompa los dientes, Timbel?

—Aprecio mi dentadura en lo que vale. Fue solo una pregunta.

—Siga haciéndolas de este calibre y volverá a Los Angeles en camilla. Por lo visto usted es uno de esos tipos que no ven más allá de sus narices.

—¿Quién es el quisquilloso ahora? —rió Mike.

—Lárguese. Vuelva al hotel, recoja sus cosas y emprenda el viaje. Es un consejo. Un buen consejo si me permite decirlo.

—Se lo permito, y palabra que lo aprecio en lo que vale. Ya nos veremos, sargento.

—Lo dudo.

Mike puso en marcha al «Cadillac» y se alejó.

Hasta que hubo desaparecido, el sargento no entró en su auto, y cuando lo puso en marcha profundas arrugas habían aparecido en su ancha frente.

Cuando la puerta del apartamento se abrió y la muchacha apareció en el umbral, Mike no pudo contener un suspiro de alivio.

Margo Fontaine llevaba puesta una suerte de nube rosada a través de la cual habría podido leerse el periódico.

—A estas horas de la mañana, una visión como ésta resulta excesiva para un hombre como yo. ¿Puedo pasar?

—¿Qué quiere ahora?

—Ayudarla.

—¿A mí? Usted está loco, amigo.

El entró casi a la fuerza. La muchacha cerró la puerta con violencia y se enfrentó con él, los ojos chispeantes.

—Es la segunda vez que entra aquí sin ser invitado —estalló, furiosa—. No tengo nada que temer, así que...

—¿Ya sabe que lo declararon suicidio?

—Sí.

—Y eso le ha infundido seguridad.

—Ni más ni menos.

—Claro, claro..., sólo que el asunto no es tan sencillo.

—Para mí, sí. Ya terminó.

—¿No leyó el periódico de esta mañana?

—Todavía no. ¿Lleva mi fotografía?

—Deje eso. No le sirve conmigo —rezongó Mike—. Una muchacha llamada Margo fue asesinada ayer a última hora de la tarde.

Ella dio un respingo.

—¿Qué quiere decir con eso? —balbuceó.

—Primero pensé que había sido usted la víctima. El asesino se equivocó, ¿comprende?

—Ni una palabra.

—Supo demasiado tarde que una mujer llamada Margo había estado tratando de comunicar con Merrit. Las telefonistas dijeron que ya habían hablado otras veces esa Margo y el difunto Merrit. Eso indicaba intimidad, tal vez confidencias, quizá ella y él fueran socios. El asesino no podía dejar cabos sueltos, así que decidió atar este último. Margo era una bailarina. No es un nombre corriente y para esa bestia fue suficiente.

¿Está claro ahora?

Ella se estremeció, intensamente pálida.

—No lo creo... Merrit se suicidó... usted me contó aquella historia para impresionarme.

—Lo arreglaron, pobre tonta. Por alguna razón, a las autoridades no les interesa darlo como lo que realmente fue: un asesinato. Pero para el asesino la cosa era lo mismo de cualquier manera. Margo debía morir.

—Es absurdo...

—¿Cuánto tiempo cree que esa bestia dañina tardará en darse cuenta de su error y buscará entonces a la verdadera amiga de Merrit?

—¿Por qué ha venido a decirme todo esto? Usted me desprecia, en realidad no le importo nada... ¿Por qué se ha molestado tanto por mí?

—No es por usted, sino por lo que sabe y se guarda en el buche. Pensé que eso quizá le devolvería el sentido común y confiaría en mí antes que sea demasiado tarde.

—No le creo una palabra. Si es cierto que han matado a una mujer llamada Margo, seguro que fue por otro asunto. Celos quizá, o vaya usted a saber.

Mike, suspiró, impotente.

—Muy bien, pensé que dentro de esa cabecita tenía usted algo más que serrín, pero me equivoqué. No volveré a verla a menos que usted me llame, y para entonces quizá sea demasiado tarde, porque regreso a Los Angeles esta misma mañana.

—Buen viaje, amigo.

—Siento tentaciones de darle una azotaina donde más le duela, sólo para infundirle un poco de sentido común.

—Adiós, señor Timbel.

—Todo el mundo me dice adiós esta mañana. ¿Será que no soy popular en este pueblo?

Salió y cerró de un portazo.

Al diablo con todo. Había estado inquietándose por quien no lo merecía. En realidad, todo el asunto, por lo que a él concernía, estaba terminado.

Listo, muerto y enterrado, masculló para sí mientras regresaba al hotel.

CAPÍTULO IX

Cuando entró, el recepcionista esbozó una ligera seña en su dirección.

Un hombre se levantó de una butaca y le interceptó el paso.

Era un individuo, alto, desgarrado, de cabello ralo y ojos astutos.

—¿Usted es Timbel? —indagó.

Mike se detuvo.

—Sí —dijo.

—Me llamo Henry Keller. Trabajo en el *News* como reportero. Ayer no pude entrevistarle a usted porque cuando yo llegué a Jefatura, usted ya se había ido, pero el sargento Mander me indicó que se hospedaba aquí y...

—No hay nada que decir, señor Keller.

—Yo creo que sí —sonrió el periodista—. Después de todo, usted encontró el cadáver.

—Su periódico ya publicó todo sobre eso —replicó Mike con sarcasmo—. Opino que no despilfarró mucho espacio ni tinta, pero después de todo sólo se trataba de un suicidio.

Keller sonrió.

—Quizá si hablásemos en torno a unas copas se mostrase usted más sociable, señor Timbel. A estas horas, el bar está casi desierto. ¿Acepta?

—Bueno, pero sólo unos minutos.

El reportero había acertado. El bar estaba desierto y pudieron acomodarse con libertad en una mesita apartada del mostrador.

Keller encendió un cigarrillo sin ofrecerle a Mike. Luego captó el olvido y lo subsanó apresuradamente.

Encargó *whisky* para los dos. Mike preguntó:

—¿Qué es lo que sabe usted respecto a Merrit?

—Todo lo que me contó el sargento, que no fue mucho.

—¿Usted es el autor del suelto que publica su periódico?

—No me calumnie —rió Keller—. Eso fue obra del redactor jefe. Yo no escribí nada... todavía.

—Dígame qué le contó a usted el sargento.

—Bien, todo lo relativo al suicidio, su impresión cuando entró en aquel cuarto y cosas así.

—¿Y qué quiere que le diga yo?

—Su versión de los hechos.

—No podría publicarla nunca en este pueblo, Keller, así que no vale la pena perder el tiempo.

—Pruebe a ver.

Mike esbozó una mueca burlona, y a continuación dijo:

—En primer lugar, Keller, fue un asesinato.

El reportero dio un respingo, enderezándose súbitamente.

—¿Sabe usted lo que está diciendo?

—Seguro.

—Adelante, Timbel. Usted me interesa.

—Le pegaron el tiro desde cierta distancia. La bala le entró por la parte superior de la frente y le levantó la tapa de los sesos. Una herida como ésa no la hubiera causado una bala disparada en la sien. Además, no había huellas de pólvora en la cabeza y la pistola estaba a seis pies del cuerpo.

—Un momento, Timbel, no me tome el pelo. Yo vi las fotografías y la pistola estaba en el diván, junto a la mano del cadáver.

—La pusieron allí después que nos marchamos de la habitación. Las primeras fotos fueron tomadas con la pistola en el lugar primitivo. Yo estaba allí y lo vi.

—Ahora es cuando creo que la cosa es más grande de lo que imaginé. ¿Tiene usted alguna forma de probarlo?

—¿Por quién me toma? No, amigo, no podría probarlo así dependiera de ello mi propia vida.

—Ya veo. ¿Lo sabe el sargento Mander?

—Claro que lo sabe. El también estuvo allí desde el principio.

—Hicieron las cosas bien. Siempre las hacen bien.

—¿Quiénes?

El reportero se encogió de hombros.

—¿Cómo saberlo? Ésta es una comunidad muy especial, ¿sabe

usted? Corren miles de millones en una temporada. La gente viene a manadas procedentes de todo el país porque la propaganda les ha asegurado que Golden Beach es el único paraíso sobre la tierra. ¿Y ha visto usted algún paraíso donde la gente vaya matándose unos a otros como en los buenos tiempos de Chicago?

—Comprendo. ¿Ha habido muchos... «suicidios» en los últimos tiempos?

—¿Qué cree usted? A pesar de todo, aquí no suelen suceder estas cosas. No hay violencia, excepto las peleas de borrachos a últimas horas de la madrugada. No, si dejamos de lado el barrio bajo, aquí no pasan este tipo de cosas. En los últimos años sólo hubo un suicidio, y en ése hubo razones válidas para echarle tierra encima.

—¿Por qué?

—El tipo se llamaba Anderson, Leonard Anderson. —¿Y qué con eso, es un nombre ilustre quizá?

—Aquí es más que eso. Los Anderson fueron de los primeros fundadores de la ciudad. Terratenientes, ya sabe. Durante generaciones se enriquecieron con sus inmensas plantaciones de naranjos. Fueron siempre los puntales de nuestra sociedad.

—¿Fueron?

—Bien, siguen siéndolo en cierto modo. Cuando estalló el *boom* del turismo, ellos ya estaban aquí y poseían el setenta por ciento de la tierra, así que cambiaron sus cultivos de naranjos por otra clase de negocios; hoteles, edificios de apartamentos, complejos deportivos, instalaciones playeras... Lo coparon todo, y lo que fue un pueblo se convirtió en una ciudad de cien mil habitantes, que llegan a seiscientos mil en plena temporada. ¿Se da cuenta?

—Creo que sí. Y uno de los preclaros puntales de la sociedad se aburría tanto que no pudo soportarse y se pegó un tiro. ¿O lo hizo de otra manera?

—Usted no habla con respeto de los muertos —le reprochó el periodista con sarcasmo.

—Ya me lo dijeron otras veces, aunque eso depende solamente de quien fuera en vida el muerto.

—Un grandísimo hijo de perra.

—¿Qué, quién?

—Leo Anderson. Degenerado, no trabajó en su vida. Sabía que

tenía las espaldas bien cubiertas Jamás he sabido de un tipo más sucio, perverso y vil que ése.

—¿Alguna duda respecto a la manera como murió?

Keller sacudió la cabeza.

—Nada por ese lado. Se fue a un rincón de la playa, una noche, y se pegó un tiro. Lo encontraron a la mañana siguiente una pareja de recién casados que estaban pasando aquí su luna de miel.

—Imagino que se les terminaría en aquel mismo momento. Ahora dígame por qué me ha contado todo esto.

—Usted preguntó.

—Usted también hizo algunas preguntas.

—¿Estamos en paz?

—¿Qué pasó con los Anderson?

—Nada. Enterraron a su heredero y la vida siguió. De paso le diré que el viejo Anderson es el alcalde de Golden Beach..., un alcalde perpetuo podríamos decir, a pesar de que es poco menos que un payaso.

—Ya veo. No deben faltarle temas de qué hablar en su periódico. ¿O no se lo permiten?

—El periódico pertenece a los Anderson, señor Timbel.

—Qué cosas. Enfoquemos el asunto por otro lado. ¿Quién hay detrás de los Anderson?

—Los Anderson, y permítame el pequeño juego de nombres.

—No entiendo... Usted dijo que el viejo Anderson es poco menos que un payaso. —Y lo repito. Pero su mujer es todo lo contrario. Yo la comparo con un diamante, y no precisamente por su belleza. Es un esperpento tan duro que si le disparasen una bala, ésta rebotaría.

—Si entiendo su modo de expresarse, usted quiere decir que quien gobierna la ciudad es esa dama. ¿Sí?

—Ella tiene los cordones de la bolsa, y eso es importante hoy en día. Suelta el dinero con cuentagotas... cuando lo suelta.

—Muy agradable, ¿eh?

—Y usted que lo diga.

El reportero vació su vaso de un trago y llamó al mozo con una señal.

—Tiene tres hijas —dijo—. La mayor ha cumplido los treinta, es soltera y asiste a su padre en el despacho de la alcaldía. Otra ha

cumplido veinticuatro y es una belleza capaz de levantarle el ánimo a un septuagenario, y la menor creo que anda alrededor de los diecisiete. Ésta está loca.

—¿Qué?

—Loca.

—Qué familia más agradable. Bueno, Keller, he tenido mucho gusto en conocerle, pero debo prepararme para regresar a Los Angeles.

—Si vuelve alguna vez, búsqume usted, Timbel. Me simpatiza, ¿sabe?

—Y usted a mí.

El mozo llegó con vasos llenos. Brindaron en silencio y después de beber, Mike se levantó.

Como al desgaire, el reportero exclamó:

—¡Diablo! Ahora que sé que alguien mató a ese amigo suyo, me pregunto el motivo. Eso es primordial, ¿no? La gente no mata sin una buena razón.

—Vaya y averígüelo.

—Dije que algunos de los Anderson estaba loco, no yo.

Se estrecharon las manos y Mike subió a su habitación. Se cambió de ropas y luego llamó a la habitación de Eve.

Ella abrió dejándole paso.

—Estoy lista en unos minutos —dijo—. ¿Dónde estuviste?

—Dando tumbos de aquí para allá.

—Mike...

—¿Qué?

—No me siento con ánimos de conducir hasta Los Angeles. ¿Crees que habría alguna forma de arreglarlo?

—Bueno, podemos ir en mi coche si lo prefieres. El tuyo podrían guardarlo en el hotel y yo vendría a recogerlo cualquier día.

—¿Harías eso por mí, Mike?

—No hagas preguntas tontas.

—Entonces, de acuerdo. Llamaré a la administración para que lleven el auto al garaje.

Ahora está en el aparcamiento...

Habló brevemente por teléfono. Después, señaló su reducida maleta y dijo:

—¿Nos vamos?

Estaban descendiendo por las escaleras cuando sonó la explosión.

Fue tan violenta que estremeció todo el edificio, pulverizando los cristales de las ventanas y sembrando el pánico de tal modo, que una riada humana se precipitó escaleras abajo arrollándose unos a otros.

En unos segundos el hotel estuvo convertido en un manicomio.

CAPÍTULO X

Lo que fuera un coche estaba convertido en un amasijo de hierros retorcidos, ardiendo como una tea. También ardían los que estuvieran aparcados a ambos lados de aquél.

La gente corría en todas direcciones, chillando como demonios.

Eve se aferró locamente al brazo de Mike y jadeó:

—¡Mike, era mi coche...!

—Lo sé.

—¿Qué, qué...?

—Ven, no podemos hacer nada aquí.

Casi la arrastró hasta el vestíbulo, ahora desierto. Todo el mundo se agolpaba fuera. Eve se dejó caer en una butaca. Sus ojos desesperados se clavaron en las duras facciones de Mike y lo que vio en ellas la hizo levantarse de un salto.

—¡Mike! —Su voz era sólo un quejido—. ¡Mike, por Dios! ¿Qué te ocurre?

—¡Esa bestia maldita!

—¿Qué?

—¿No comprendes?

Ella sacudió la cabeza.

Mike se pasó las manos por el rostro tratando de calmarse.

—Explosivos —gruñó—. Cuando el empleado del hotel lo puso en marcha para llevarlo al garaje estalló.

—¿Una... una bomba, es eso lo que quieres decir?

—Sí.

Ella sintió que sus piernas flaqueaban. Tuvo que sentarse de nuevo, mientras la expresión de ira salvaje desaparecía poco a poco de la cara de Mike.

—Le cazaré —masculló—. Le haré pedazos con estas manos antes que haga más daño...

—¡Mike!

—Quiso matarte, Eve. ¿No te das cuenta? Es una bestia sanguinaria. Hay que acabar con él de cualquier modo.

—Pero ¿por qué?

—No lo sé. El tampoco debe saberlo. Quizá piensa que tú sabías la misma cosa por la que mató a tu marido. No quiere correr riesgos el maldito.

Oyó distraídamente una sirena que se aproximaba rápidamente hasta extinguirse con un lamento allá fuera. Después se escucharon otras, y voces de mando y gritos en medio de una tremenda confusión.

—Llévame a casa, Mike —suplicó ella repentinamente.

—Te irás sola. Tomarás el tren, pero no irás a tu casa, sino a cualquier otro lugar, un hotel en donde inscribirte con nombre supuesto. Yo me quedaré aquí.

—No harás nada de eso. No pienso irme sola.

El la miró, y había tal expresión en su mirada que Eve no pudo menos que sentir un ramalazo de pánico.

—Ha fracasado esta vez —murmuró él—. Eso quiere decir que lo intentará otra... si no consigo cazarlo a tiempo. En tu casa puede encontrarte, y más si te quedas aquí, donde él conoce el terreno que pisa.

—¡No quiero viajar sola, Mike, y no lo haré! Estoy decidida, ¿comprendes?

El titubeó. Al fin gruñó entre dientes:

—Muy bien, te llevaré, pero para regresar tan pronto te haya dejado. No voy a permitir que ese bastardo lo intente de nuevo.

Ella suspiró.

—Recoge tu maleta, yo liquidaré tu cuenta entretanto.

Cuando estaba junto al mostrador aporreando el timbre, vio aparecer al sargento Mander en la puerta. Sus dientes chirriaron en un esfuerzo por contener el raudal de ira que sentía.

—Entre, sargento...

—¿Vio usted lo que pasó?

—Sólo lo oí. Oiga, si ella hubiera muerto en ese coche, ¿cómo lo habrían podido ustedes convertir en suicidio?

—No empiece otra vez. ¿A quién pertenecía el auto?

—A Eveline Merrit.

Esta vez el sargento perdió el control y soltó una catarata de

juramentos que hubieran hecho enrojecer a cualquier viejo marino.

—¿Cómo fue que otro ocupara su puesto? Porque hay los pedazos de un cuerpo humano esparcidos allá fuera.

Mike explicó lo sucedido, cuando habían decidido viajar juntos y regresar el otro día en busca del auto.

Al terminar añadió:

—Regresará de todos modos, sargento. Ahora todo ha cambiado, porque sé que el asesino no sólo quiso terminar con Merrit, sino que está decidido a matar también a Eve, como asesinó a la muchacha del *cabaret* confundiéndola con otra.

—¿Qué dijo?

—La confundió. Aquélla no era la Margo que él buscaba.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Averígüelo si puede.

—Escuche...

—¡Escúcheme usted a mí, sargento! No me importa quién esté echando una cortina de humo sobre este asunto. Descubriré al asesino y le colgaré por mi cuenta. Sólo así estaré seguro de que no atenta otra vez contra Eve. Después podrán ustedes sacarse de la manga todos los suicidios que quieran.

—Comprendo que esté alterado, señor Timbel, pero...

—¡Alterado! Hay un asesino sembrando de cadáveres la ciudad, y por alguna razón, las altas esferas de Golden Beach esconden la cabeza bajo el ala y le dejan suelto, esperando que se canse de matar. Bueno, él no se cansará, pero yo le arrancaré la cabeza sea quien sea.

—No tiene ni idea de lo que está diciendo. Mejor será que nunca regrese, señor Timbel. Cuide de la mujer, pero lejos de aquí.

—¿Es eso una amenaza?

—Tómelo como un buen deseo por mi parte. Créame, hágame caso. Vivirá más años. No sé cómo acabará esto, pero una vida más o menos no parece importarle al autor de ese atentado.

—A mí tampoco.

Eve apareció trayendo su pequeña valija. Mike se la quitó de las manos, hizo un ademán de despedida y ambos salieron del hotel en medio de la confusión que reinaba todavía.

Margo colgó el teléfono, descorazonada. La palidez más absoluta

hacía que su rostro se viera macilento y tenso.

Midió la estancia de un lado a otro, nerviosa y asustada.

Diez minutos después lo intentó de nuevo, pero la respuesta fue la misma:

—Lo lamento, señorita, pero el señor Timbel está ausente. No sabemos cuándo regresará.

Colgó una vez más, y otra vez se paseó de un lado a otro. Uno de estos paseos la llevó junto a la puerta. Obedeciendo a un súbito impulso, colocó el seguro que bloqueaba la cerradura y se sintió un poco mejor.

Recordó su inútil espera la noche en que murió Mac Alister, o Merrit, como ahora sabía que se llamaba. De nuevo la angustia se apoderó de ella.

De pronto contuvo el aliento, inmóvil junto al diván. Creyó haber oído un ruido en el pasillo, al otro lado de la puerta.

Aguzó el oído, pero no pudo oír más que el rumor del tráfico en la calle.

Estaba a punto de reanudar los paseos cuando el timbre sonó, agudo e imperioso.

Sus piernas flaquearon y hubo de sentarse. La llamada se repitió y después el timbre quedó mudo.

Quien fuese, se había marchado al fin...

Pero entonces vio cómo el pomo de la puerta giraba lentamente, muy despacio y estuvo a punto de chillar. Se mordió los puños, mientras la perilla volvía a su lugar con la misma lentitud.

Pasaron unos segundos. Margo Fontaine temblaba y luchaba desesperadamente con su pánico.

Repentinamente, un débil chasquido. ¡Intentaban abrir la puerta forzando la cerradura!

El que fuera que estaba al otro lado de la puerta lo intentó obstinadamente una y otra vez, con menos precauciones, hasta que desistió al fin, quizá porque en uno de los pisos de arriba sonó una puerta y alguien comenzó a bajar las escaleras.

Margo aprovechó para precipitarse al teléfono, sólo para sufrir un nuevo desengaño. Cuando colgó, sintió unas lágrimas amargas deslizarse hasta las comisuras de su boca.

Hubiera querido huir, pero la idea de que el asesino estaba allá fuera, vigilante, esperándola quizá a que asomara para matarla, la

mantenía clavada en el apartamento.

También pensó llamar a la policía, pero la llegada de los policías haría que el criminal emprendiera la huida y jamás la creerían. Todo lo conseguiría sería publicidad, y eso era lo último que deseaba.

Los nervios la dominaron. Sollozó amargamente en silencio, derribada sobre el diván como una muñeca rota.

La crisis la retuvo allí, estremeciéndose, durante casi treinta minutos. Al fin, incorporándose, recurrió una vez más al teléfono.

Cuando le respondieron habló con voz queda.

—Por favor, el señor Timbel...

—¿Es usted la misma señorita que ha llamado varias veces antes?

—Sí, sí...

—El señor Timbel está camino de Los Angeles —dijo el empleado—. Ha dejado dicho que regresará probablemente a la noche. Si es tan amable de dejarnos su número él...

Como si su brazo no pudiera sostener el auricular, lo bajó y el aparato quedó mudo. Un frío de muerte se deslizó por sus miembros y ahora el pánico la dominó hasta el extremo de que ya sólo pensó en pedir inmediata ayuda.

Y llamó a la policía.

Sólo que ya era demasiado tarde. Inclínada sobre el teléfono, mientras hablaba atropelladamente, no vio la oscura sombra de la muerte aparecer por la puerta de la cocina...

CAPÍTULO XI

El sargento Mander salió del ascensor acompañado por un agente de paisano.

Fue éste quien le recordó:

—La chica dijo apartamento *D-67*.

—Lo recuerdo perfectamente —gruñó Mander, echando a andar por el pasillo.

Se detuvo igual que herido por un rayo ante la puerta abierta.

—¡Cristo! —jadeó.

Entró de un salto.

El cuerpo yacía al pie del diván. Había un pequeño charco de sangre bajo la cabeza.

Tras él, el agente dejó escapar el aire con fuerza.

Inclinándose, el sargento reconoció rápidamente el cuerpo.

—Un tiro en la nuca —barbotó—. Como la otra...

Cuando se levantó, su rostro estaba tirante y una mirada reluciente de furia relampagueaba en sus ojos.

—El tenía razón —barbotó—. Es una bestia salvaje...

—¿El?

—Timbel. Está bien, Cousins, llame al *News*. Diga a Keller que quiero verlo aquí inmediatamente. Voy a jugar esta partida a mi modo de ahora en adelante así me condene.

El agente le miró un instante, preocupado. Mander gruñó:

—¿No oyó lo que dije?

—Lo oí.

Fue al teléfono y estuvo hablando unos minutos, mientras el sargento recorría todo el apartamento sin tocar nada.

—Henry Keller no estaba en el periódico —dijo el agente—. He dejado recado para que le manden para acá en cuanto puedan localizarle.

—Está bien...

—¿Encontró algo?

—Solamente el lugar por donde entró el asesino. Ella dijo por teléfono que había colocado el seguro en la cerradura, de modo que no pudo entrar por la puerta. Lo hizo por la escalera de escape, el maldito. Luego, salió tranquilamente por la puerta.

—¿Llamo a los muchachos, sargento?

—Sí, y al doctor también, aunque maldito si sus informes van a servirnos de nada.

Encendió furiosamente un cigarrillo y comenzó un metódico registro del dormitorio.

Todo lo que encontró, en un cajón, fue una fotografía de James Merrit, dedicada a la muchacha y firmada con el nombre de Tony.

La fotografía de James Merrit estaba sobre la mesa del despacho cuando Mike entró en él, a las doce y cuarto de la noche.

El sargento gruñó:

—Debe haber corrido usted como un demonio para estar aquí a estas horas, señor Timbel.

—Tengo un buen coche. Además, el recado que usted me mandó por medio de la policía de Los Angeles no era demasiado explícito. ¿De dónde sacó esta foto?

—Margo Fontaine la guardaba.

—Así que la localizó al final. ¿Ha decidido usted ponerse en movimiento al fin?

—Ella está muerta, Timbel.

Mike se estremeció.

—¿Margo?

—Sí. Estuvo llamándole a usted desesperadamente al hotel. No le encontró y alguien estaba hurgando en su cerradura. Entonces nos llamó a nosotros. —¿Y...?

—El asesino entró por la escalera de escape y le disparó un tiro en la nuca. Cuando llegamos nosotros, la puerta estaba abierta y ella muerta. —¡Condenación!

—Usted había hablado con ella alguna vez, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Por qué infiernos no me lo dijo?

—¿Para qué? Ustedes convierten un crimen en suicidio, le dan la vuelta a cualquier prueba sin importarles en absoluto las consecuencias. La chica estaba fuera del juego, sargento.

—Si le tranquiliza despellejarme, adelante, aunque eso no le llevará a ninguna parte.

—Lo sé. ¿Quién es el mandamás aquí?

—¿Se refiere al capitán Hawes?

—¿Es el que le dijo por teléfono lo del suicidio?

—Sí.

—Está bien, sirve. ¿Dónde puedo verlo?

—No sé si estará en su despacho. Pero antes, escúcheme a mí. Siéntese.

—Ya se ha perdido demasiado tiempo en este asunto.

—¡Siéntese, maldita sea! Es usted demasiado alto para que resulte cómodo hablarle estando de pie.

Gruñendo, Mike se dejó caer sentado en la silla de respaldo recto.

—Esta vez he hecho todo lo que estaba en mis manos para sacudir un poco el asunto, sacudirlo de arriba a abajo —masculló—. Llamé a Keller y le conté «casi» toda la historia. Le permití que tomase fotos del cadáver de la muchacha y él prometió que publicaría todo en la edición de la mañana...

—No lo hará, sargento, y usted debiera saberlo. El periódico está bien controlado también.

—Veremos. En todo caso, hay otros periódicos fuera de aquí.

—¿Quiere decir que está dispuesto a luchar, sargento?

—Bueno... un hombre debe mirarse al espejo cada mañana, cuando se afeita, sin sentir vergüenza de sí mismo. Lo había pensado antes, pero nunca se habían presentado las cosas como ahora.

—Ya veo... Usted tiene mujer y cinco hijos, según me dijo.

—Hablé con mi esposa, ciertamente. A ella también le gustaría que dejase este trabajo, ¿sabe usted?

Mike aspiró hondo, sintiendo como si sus nervios se calmaran de repente.

—No me había equivocado con usted, Mander. Es realmente un buen policía...

Demasiado bueno.

El sargento hizo un ademán como si espantase una mosca.

—Olvídelo. Ahora, ¿quiere ver al capitán Hawes?

—Cuanto antes mejor.

Mander descolgó el teléfono y habló con alguien. Gruñó y luego volvió el auricular a su sitio.

—Salió temprano. Tendría alguna reunión social en alguna parte...

—¿No hay manera de saber dónde?

—No, pero si usted está decidido a levantar la tapadera, como suele decirse, yo puedo hacer algo en su obsequio. Bajo cuerda, por supuesto. Una cosa es que esté dispuesto a renunciar, y otra que me corran a tiros.

—¿Y bien?

—Vaya a su hotel y espere. Estoy seguro que no tardará en recibir una cortés invitación.

—¿Del capitán?

—Quizá.

Mike estuvo observándole unos instantes.

—De acuerdo —dijo al fin—. Debo advertirle que esta vez traje mi pistola, sargento, de modo que no voy a andarme por las ramas.

—Sólo asegúrese de que no le vuelan los sesos a alguno de mis hombres. Hay algunos que son honestos todavía.

—¿Por cuánto tiempo?

Salió, oyendo tras él el salvaje gruñido del policía respondiendo a su última pregunta. El recepcionista estaba bien despierto tras su mostrador de valiosa madera. Mike recogió su llave y le advirtió:

—Quizá venga alguien esta noche preguntando por mí. Sea la hora que sea, mándelo a mi habitación, y avíseme cuando el visitante esté en el ascensor.

—Muy bien, señor Timbel. Éste..., ¿cree usted que será tal vez una señorita?

Mike simuló una sonrisa.

—Sea quien sea, aunque lleve bigote.

Subió a su cuarto, se despojó de la chaqueta y sacando la poderosa pistola «Magnum» la ocultó bajo la almohada y acto seguido tumbóse sobre la cama dispuesto a esperar.

CAPÍTULO XII

Las primeras luces del alba recortaron el dibujo de la ventana.

No había sucedido nada en toda la noche.

Mike cambió de postura. Se había quedado solo con el pantalón y a pesar de llevar el torso desnudo el calor era pegajoso y molesto.

Fugazmente, pensó si el sargento no se habría burlado de él, pero apartó esa idea casi tan rápidamente como la había concebido.

Al fin alguien llamó suavemente a la puerta. La suavidad no le tranquilizó precisamente.

Empuñó la «Magnum» y con el pulgar quitó el seguro.

—¡Entré! —exclamó.

La puerta giró despacio. Mike se había sentado en el borde del lecho y casi saltó de pie al ver que quién aparecía era una mujer.

Ella titubeó un instante. Luego, entró y cerró la puerta tras ella.

—¿Es usted Mike Timbel? —susurró.

—Sí. ¿Y usted...?

—Llámeme Livia.

—No esperaba a una mujer.

—Lo creo. Su atuendo lío es el indicado.

Su voz era fría como un témpano, altanera y seca. Avanzó. Mike se encogió de hombros. Ella dijo:

—¿Hemos de hablar con una pistola por en medio?

—Sólo hasta que sepa a qué atenerme. Ocurren cosas muy raras en este pueblo.

—¿Cómo piensa arreglar eso?

—Deje su bolso sobre la cama, es así de sencillo.

Ella obedeció. Mike lo abrió, sin descuidar su vigilancia. Comprobó que dentro no había arma alguna y volvió a cerrarlo. Tras esto, fue a la puerta y dio vuelta a la llave.

Dejó la pistola en un estante y se encaró con su visitante, recorriéndola con la mirada de arriba abajo.

Tendría sus buenos treinta años y carecía de atractivo. Su rostro era demasiado anguloso, sus caderas demasiado estrechas, apenas se notaba la curva de los senos y el vestido parecía hecho para alguien más grueso que ella.

—¿Y bien? —le espetó.

—Quiero hacerle una proposición, señor Timbel.

—Hasta ahora, era yo quien tomaba las iniciativas.

—¿Qué quiere decir?

—Olvídelo.

Su tez pálida adquirió un poco de color. Dio unos pasos vacilantes aproximándose a él. No había expresión alguna en sus ojos oscuros, pero de pronto empezaron a brillar inusitadamente.

—Señor Timbel, usted afirma que la muerte de Merrit fue un asesinato. ¿No es cierto? —Lo fue.

—Y parece dispuesto a provocar un grave escándalo...

—Si es preciso, nada me detendrá.

—¿Qué espera ganar con ello, puede decírmelo?

El se quedó sin habla. No comprendía a aquella mujer, ni lo que en realidad se proponía.

—¿Dinero quizá? Yo le ofrezco el doble para que se vaya y no vuelva.

—No se trata de dinero.

—Entonces, ¿qué?

—No sé si lo comprenderá... Yo estaba dispuesto a olvidarlo todo. El hecho de que convirtieran un brutal asesinato en un suicidio. La iniquidad de la policía de este pueblo falseando unas pruebas, sacando fotografías trucadas y todo lo demás. Había decidido largarme y no volver a pensar nunca más en eso. Pero entonces yo creía que el bestial asesino había quedado satisfecho con una víctima. Bueno, me equivoqué.

—¿Sí?

—Siguió matando, y ha vuelto a matar esta misma noche.

Ella se estremeció.

—¿Esta noche? —balbució.

—A una muchacha. La segunda, porque la primera a quien asesinó no era quien él pensaba. Además, usted ya debe haber oído hablar de un coche que voló en pedazos... Era el coche de la viuda de Merrit. También a ella la ha sentenciado a muerte y eso es lo que

voy a evitar que ocurra.

Livia parpadeó. Su palidez se había acentuado si eso era posible.

—La policía...

—A estas horas de la mañana, mi humor no está en su punto más brillante. Pero si vuelve a insinuar que la policía puede hacer ese trabajo, aquí, me echaré a reír.

—Supongamos que falsearon pruebas en el caso de Merrit...

—Nada de suposiciones.

—Está bien, lo hicieron, según usted. Sin embargo, no es éste el caso de esas mujeres, así que la policía hará las investigaciones necesarias para capturar al criminal. No necesita usted inmiscuirse en el asunto.

—Yo pienso de otra manera. Y ahora deje que sea yo quien haga las preguntas. ¿Quién la ha mandado venir, Livia, o como se llame?

—Nadie. Y quizá sea hora de que sepa usted que mi nombre completo es Livia Anderson.

—Lo sabía.

—¿Cómo? Usted no me había visto nunca.

—Usted lleva documentos en el bolso.

—¡Oh!

—Y ahora, ¿por qué no me habla con sinceridad, la mandó su padre a convencerme?

—El no sabe que he venido. Oí cómo el capitán Hawes le hablaba de usted esta noche, muy tarde. Un sargento le había informado de lo que usted se proponía hacer. Papá se enfureció. Está delicado y ya no es lo que era. Pensé que sería una gran ayuda para él si yo..., bueno, si podía librarle de esta preocupación.

—Ha perdido su tiempo, señorita.

Ella dio otro paso hacia él.

Su mirada estaba fija en el poderoso torso del hombre.

—¿No hay nada que yo pueda hacer para convencerle, señor Timbel?

—Nada en absoluto.

Poco a poco levantó la mirada hasta tropezar con los ojos de él.

—Usted debe ser muy fuerte... —murmuró repentinamente.

Mike parpadeó.

—¿Qué? —dijo, sorprendido.

Livia alargó lentamente la mano y deslizó las yemas de sus

dedos por su pecho. El sintió una sensación extraña, pero se contuvo.

—Muy fuerte —repitió ella—. Es el hombre más fuerte que vi jamás.

Como si estuviera en trance, se empinó sobre las puntas de sus pies y estampó sus labios contra los de él con violencia.

Mike permaneció rígido, tenso. La situación había desbordado su capacidad de asombro.

Al fin, jadeando, ella retrocedió un paso, vacilando sobre sus poco atractivas piernas. —No le gusto— susurró—. Naturalmente, no le gusto...

—¿Quién dijo eso?

—Sus labios... son fríos, lejanos...

De pronto, con inmensa rabia, volteó la mano y la estrelló contra su mejilla. La cabeza de Mike osciló, pero eso fue todo.

Con voz sorda dijo:

—Tiene usted una mano muy dura, Livia. Las frustraciones son una mala cosa para una mujer, aunque usted no hace nada para cambiar las cosas... ¿No es cierto?

Ella apretó los labios y se precipitó hacia la puerta. Forcejeó con el tirador hasta que él dijo:

—Olvida su bolso... y olvida también que cerré con llave.

Le llevó el bolso. Cuando estuvo cerca de ella, Mike advirtió que sus ojos relucían de lágrimas contenidas.

—Discúlpeme —murmuró—, no quise lastimarla... en absoluto, señorita Anderson.

Sin replicar, ella se deslizó fuera y desapareció por el pasillo.

Maldiciendo entre dientes, Mike tomó la pistola y volvió a correr el seguro.

Era temprano todavía. Podía Seguir esperando.

CAPÍTULO XIII

Pasadas las ocho el teléfono sonó. Una voz autoritaria gruñó:

—¿Timbel?

—Sí.

—Quiero verle. Soy el alcalde Anderson. Estaré esperándole en mi despacho a las nueve en punto.

—Muy bien.

Y colgó.

Acababa de ducharse. Se frotó vigorosamente y luego empezó a vestirse.

Ya se había puesto el pantalón y los zapatos cuando de nuevo llamaron a la puerta.

Acarició la culata de la «Magnum», sentado en el borde del lecho y gritó:

—¡Adelante, no está cerrado!

Esta vez, la mujer que entró era mucho más resuelta que Livia Anderson.

E infinitamente más hermosa.

Mike se levantó un poco sin apartar la mirada de semejante belleza.

—Entre y cierre la puerta. Por lo visto hoy es mi día de suerte.

—¿Timbel?

—Sí.

Ella cerró la puerta y sin titubear le dio vuelta a la llave.

—Está bien, tenemos mucho que hablar usted y yo —dijo.

Cuando se volvió, la «Magnum» estaba apuntándole sin el más leve temblor.

—¿Siempre recibe así a sus visitantes?

—Sólo de un tiempo a esta parte. Venga aquí, preciosidad.

Ella avanzó resueltamente.

—Deje el bolso sobre la cama..., por favor.

—¿Por qué?

—Haga lo que le digo o váyase por donde vino.

Ella abandonó su bolso. Al abrirlo y meter la mano en él, Mike encontró el frío acero de una pequeña pistola, que sacó dejando escapar un leve silbido.

—Imagino que será la última chuchería de la moda de París, ¿sí?

—Es una pistola española que me regalaron hace mucho tiempo.

—Estará mejor en mi poder mientras conversamos... Por cierto, ¿cuál va a ser el tema? Ella sonrió.

—Elija usted.

—Permítame adivinar... Usted ha venido para aconsejarme que me vaya de la ciudad.

¿Acierto?

—Señor Timbel, es usted un hombre muy listo.

—Ya lo sé —dijo modestamente.

—Se equivocó de medio a medio.

El dio un respingo.

—¿No vino a convencerme para que me marchara?

Quiero que haga todo lo contrario.

—O sea, que me quede...

—Eso es.

—Que me condene si lo entiendo. Usted debe llamarse Anderson.

—Eso no es culpa mía.

—¿Y de nombre?

—Cintia.

—Ahora, cuénteme la historia.

—No hay nada que contar. Pero quiero rogarle que no se deje presionar... que siga usted adelante con lo que se ha propuesto, señor Timbel... ¡Oh, por Dios, siga adelante hasta el final!

—Es para caerse de espaldas. ¿Al lado de quién está usted?

Cintia titubeó.

—Del de usted —murmuró.

—Y quiere que siga adelante...

—¡Oh, sí, sí!

—Maldito si comprendo por qué está tan interesada en que este pueblo estalle desde sus cimientos.

—No puedo decirle la causa, pero estoy dispuesta a pagarle por

lo que haga...

¿Cuánto?

—No quiero dinero. Yo no trabajo así.

—Entonces...

Sus dedos se deslizaron como si se movieran por su propia voluntad hacia los botones de la tenue blusa que llevaba. Comenzó a soltarlos uno a uno.

Mike tragó saliva con dificultad, pero la dejó seguir hasta el final y entonces dijo:

—Ya es suficiente, Cintia. Son ustedes una familia muy original.

—¿Qué quiere decir?

—Olvídelo. La blusa está bien en su lugar por lo que a mí respecta. Estas cosas me gustan de otro modo, más espontáneas, ¿comprende? No utilizándolas como coacción.

—Yo pensé que...

—Olvídelo. En lugar de volverme bizco, respóndame algunas preguntas y se lo agradeceré igual. Bueno —rectificó—, casi igual.

Ella sonrió. Olvidó abrochar los últimos botones y eso no fue ninguna ayuda para la serenidad de Mike Timbel.

—Primera pregunta. ¿Por qué su padre, o el capitán, o quizá los dos, decidieron convertir un crimen en suicidio?

—Aquel hombre... Merrit, creo que había intentado un chantaje contra mamá.

—Eso es increíble, Cintia.

—Ya le digo que no estoy segura. Pero había andado alrededor de nuestra casa, eso es seguro. También fue visto rondando el Ayuntamiento cuando papá estaba allí... —¿Qué temían ustedes?

—Que quisiera montar un escándalo con la muerte de Leo..., de mi hermano.

—¿El que se suicidó?

—Sí.

¿O no se suicidó?

Ella se tambaleó.

—¿De dónde saca esta idea tan descabellada? Leonard se dio muerte a sí mismo. —Bien, de modo que pensaron que Merrit ideaba montar un negocio con la amenaza de escándalo. Pero ¿escándalo cómo?

—No lo sé. En realidad, no sé nada concreto. Nadie me dice

nada en la casa.

—¿Ni siquiera su hermana pequeña?

—¿Qué sabe usted de ella?

—Sólo que padece cierta enfermedad.

—¿Le han dicho que está loca?

—Algo así.

Ella sacudió la cabeza.

—Bien, está enferma, sin duda.

—¿Qué clase de enfermedad?

—Usted no le notaría nada. La mayor parte del tiempo está perfectamente normal. Sólo de tarde en tarde sufre una especie de ataque..., algo horrible... Luego, vuelve a ser una chica normal y no recuerda nada.

—Ya veo. Pero usted todavía no me ha dicho por qué quiere que yo siga tirando de la manta.

—¡Quiero que ella descienda de su pedestal! —estalló de pronto con vehemencia—. ¿Ella?

—¡Mi madre!

—Vaya, cuando yo digo que...

—¡Usted no puede comprender! Está tan endiosada que nos desprecia a todos. Está ciega para todo lo que no sea su propio mundo, creado por ella, hecho a su medida... A veces tengo la impresión de que nunca he tenido madre...

—Creo que comprendo.

—Ni siquiera la muerte de Leo la alteró apenas. Únicamente apreciaba a Annie.

—Annie, ¿es su hermana pequeña?

—Sí. Nosotras somos igual que objetos que maneja a su antojo. Apenas nos da dinero, controla todos nuestros pasos y si alguna vez un hombre me interesa se ocupa de alejarlo sin reparar en los medios de que se vale.

—Ya veo. Y sólo tiene afecto por Annie.

—Siempre ha sido así. Quizá porque es la pequeña, o a causa de su enfermedad, no lo sé, pero creo que haría cualquier cosa por ella.

—¿Incluso matar?

Cintia dio un brinco.

—¿Está loco?

—Ha sido sólo una pregunta. Su madre debe ser una mujer muy

dura.

—Como el granito.

—¿Sabe usted si Merrit habló con ella alguna vez?

—Nunca lo supe. Como no fuera por teléfono, estoy segura de que en la casa no puso nunca los pies.

—Y su madre, ¿sale con frecuencia?

Hace años que no ha pasado la verja del jardín.

—¿Piensa usted que si Merrit hubiera hecho víctima de un chantaje a su madre, ella hubiera pagado?

—No lo creo. El dinero, para ella, es la razón de la vida.

—Está bien, Cintia. Si todo lo que quería era que yo siguiera adelante con este asunto, no necesita preocuparse, porque eso es lo que pienso hacer.

—Eso me tranquiliza.

—Sólo que me gustaría saber exactamente a qué obedece su interés.

—Eso no puedo decírselo, señor Timbel... Después de todo, soy una Anderson.

—Sí, claro.

Ella recogió su bolso. Mike le devolvió la brillante pistola, que Cintia guardó otra vez, y luego ambos se encaminaron a la puerta.

Una vez allí, ella se volvió.

Quedaron mirándose largamente. El empezó a sonreír.

—Abróchese esos botones, o provocará un tumulto cuando salga de aquí.

Cintia le devolvió la sonrisa, pero hizo lo que él le indicaba.

—¿Sabe usted? He recibido otra visita esta madrugada. También era una mujer y me dijo que yo ni siquiera sabía besar.

—¿Lo probó ella personalmente?

—Sí.

—Entonces, debía saber a qué atenerse.

—De cualquier forma, quiero convencerme yo también.

La atrajo contra su pecho. Ella empezó a sonreír. Después, bruscamente, la sonrisa murió en los labios de él y todo giró vertiginosamente en torno a la muchacha. Mike la sostuvo tanto tiempo como duró el inacabable beso. Después, soltándola, murmuró:

—La otra creo que estaba equivocada.

—Sí, completamente.

Salió y él cerró la puerta.

Con la mente convertida en un caos, acabó de vestirse y también abandonó la habitación precipitadamente.

El sargento tenía el aspecto de no haber pegado un ojo en toda la noche. Levantó cansadamente la cabeza cuando Mike entró en su despacho.

—¿Tuvo felices sueños, Timbel? —le espetó.

—Por lo menos, trataron de alegrármelos. Dos visitas. Lo hizo usted muy bien, sargento.

Con su actuación de anoche, igual pude recibir esas visitas como un balazo.

—Era todo lo que podía hacer.

—Y lo hizo bien, porque dio resultado. Estoy citado a las nueve con el alcalde Anderson.

Es posible que el capitán asista también a la entrevista.

—¿A las nueve? Usted va a llegar tarde.

—El señor alcalde esperará —gruñó Mike, encendiendo un cigarrillo.

—Ya que está aquí, podrá llevarse los objetos personales del difunto Merrit. Sólo lo que llevaba en los bolsillos. El equipaje ha sido remitido a Los Angeles.

—Claro, claro...

Tomó el sobre y se detuvo junto a la puerta.

—Quería que lo supiera usted, sargento, por eso vine.

El policía cabeceó, cansado. Pero paradójicamente, daba la sensación de estar tan satisfecho como no lo estuviera en los últimos tiempos.

CAPÍTULO XIV

El alcalde Anderson era un hombre anguloso, amargado, de ojos apagados y ademanes lentos, cual si estuviera eternamente cansado.

Estaba sentado detrás del gran escritorio y había estado hablando por espacio de diez minutos. Mike no apartaba la mirada de su rostro de viejo cansado y decrepito.

—De modo que ya lo sabe usted, señor Timbel —acabó—, no es grato en nuestra ciudad y deberá abandonarla antes del mediodía.

—Señor Anderson —dijo Mike, suavemente—. ¿De qué tiene usted miedo?

El anciano dio un respingo.

—¿Miedo? Eso es absurdo.

Desde otra silla, Livia Anderson escuchaba sin despegar los labios. Manoseaba nerviosamente un fajo de documentos que había estado clasificando, pero en esos momentos parecía no saber qué hacer con ellos.

Mike prosiguió:

—Se cometió un asesinato y ustedes lo convirtieron en un suicidio. No obstante, el asesino existe, y sigue matando. O alguien se ha vuelto completamente loco, o toda la policía debería estar siguiéndole las huellas implacablemente. ¿Por qué no lo hacen?

—Pero es que están haciéndolo, señor Timbel. Pero es necesario que deje usted de interferir en este asunto. Merrit se suicidó y eso es definitivo.

—Ya veo.

Dio un vistazo hacia Livia. Llevaba el mismo vestido deforme con que la conociera y su rostro no expresaba nada.

Mike se levantó.

—Esperaba haber obtenido más de esta entrevista, señor —dijo con voz llena de calma—. Pero déjeme recordarle que éste es un país libre. Tenemos una constitución, unas leyes y unos derechos

que entrañan unas obligaciones. No me iré de este podrido pueblo hasta acabar con lo que me he propuesto. Estoy dispuesto a recurrir al fiscal del Estado, y si es preciso al gobernador, pero puede estar seguro que no dejaré las cosas como están, de ningún modo.

—No hace más que complicarlo todo lamentablemente. Ese Merrit no se merecía tanta devoción.

—Usted no lo entiende. No lo hago por Merrit. En realidad, odio hasta su nombre. Lo hago para acabar con un bestial asesino que no se detiene ante nada... y puede estar seguro que acabaré con él.

Se dirigió a la puerta. Por primera vez, Livia habló y su voz era tan seca como un sarmiento en diciembre.

—Olvida usted su sobre, señor Timbel.

—Es cierto, gracias.

Recogió el sobre que le entregara el sargento y abrió la puerta.

Pero antes de salir se volvió y dijo:

—Señor Anderson... ¿Por qué no se abrocha usted el cinturón y le sacude un par de guantazos a su mujer? Quizá entonces fuera usted quien realmente ocupase este sillón de alcalde...

—¡Fuera!

Cerró la puerta y salió.

Junto a su «Cadillac» un hombre estaba esperándole pacientemente.

Reconoció a Henry Keller, el reportero del *News*.

—Hola. ¿Cómo le fue?

—¿Cómo supo que estaba aquí?

—Las noticias vuelan. ¿Hubo rayos y truenos y todo eso?

—Acaban de expulsarme de la ciudad.

—Estaba seguro que lo harían. Pero usted no piensa obedecer, imagino.

—No, por el momento.

—Era de esperar. ¿Tiene alguna noticia más para mí?

—Ninguna. Aún no he visto el periódico de esta mañana. Me dijeron que traería noticias importantes.

—Seguro. Hoy tenemos una página más de anuncios en color, ¿sabe?

—¿Eso es todo?

—¿Olvida quiénes son los propietarios del periódico?

—Debí suponerlo.

—Pero, por lo menos, conservo mi empleo.

—¿Y de qué le sirve? Yo en su lugar me dedicaría a escribir cuentos para niños.

—La única editorial de la ciudad pertenece también a los Anderson, amigo. Hasta la vista.

Mike vio la escurridiza figura del periodista alejarse en la distancia y cuando lo hubo perdido de vista, rezongó un juramento y se instaló ante el volante.

Había varias cosas que podía hacer, pero lamentaba no saber dónde encontrar a Cintia. Había algunas cosas que deseaba aclarar, fruto de sus últimas reflexiones.

Condujo distraídamente hasta el hotel. Su habitación estaba sumida en penumbra y el sol todavía no la había caldeado demasiado. Entró, tiró el sobre en una repisa y se despojó de la chaqueta. Estaba soltando la hebilla del arnés en que se sostenía la funda con la «Magnum» cuando escuchó el leve suspiro procedente del lecho.

Dio un brinco y la pistola apareció en su mano cuando dio la vuelta.

La forma de un cuerpo humano se agitó entre las sábanas. Una cabellera oscura estaba desparramada encima de la almohada y al acercarse reconoció a Cintia Anderson y se quedó sin aliento.

Entonces descubrió las ropas de la muchacha tiradas sobre una silla y maldijo en voz baja.

Al fin, sacudiéndola, la despertó.

—¿Qué infiernos hace usted aquí, cuál es la gran idea?

Ella parpadeó, empezando a incorporarse. La sábana se deslizó hacia abajo, dejando al descubierto su juvenil cuerpo y cuando ya era demasiado tarde la agarró de un zarpazo volviéndola a colocar en su lugar.

—Bueno, no me atreví a volver a casa —dijo.

—Y vino a acostarse en mi cama.

—No creí que eso le molestase.

—Escuche, estoy metido en un lío de todos los diablos con su padre. Si la sorprende aquí me crucificarán, y esta vez con motivo. Ya tengo bastantes preocupaciones sin que usted venga a obsequiarme con unas cuantas más. Vístase y luego hablaremos.

—Estoy bien así.

—Pero yo no. ¿Es que no entiende?

—De modo que después de todo no es usted de piedra, señor Timbel...

—¡Condenación! Le doy tres minutos para vestirse. Después, la echaré de aquí esté como esté.

—Usted no haría eso nunca con una chica indefensa como yo. Escuche, quiero decirle algo.

El encajó las mandíbulas lleno de ira.

—Yo también tengo algunas cosas que decirle, y seguro que no le gustarán.

—Yo primero —musitó Cintia—. Venga, siéntese aquí, junto a mí.

—¡Maldito si...!

—¿No quiere saber la verdad de todo este asunto?

El dio un salto.

—¿La sabe usted?

—Creo que sí.

Mike se dejó caer, sentado en el borde del lecho. Un brazo desnudo surgió de entre las sábanas y se enroscó en su cintura.

—Confío en usted, Timbel...

—En esta situación, llámeme Mike y acabemos cuanto antes.

—Mike... me gusta, y no sólo su nombre.

—¡Vaya familia! —estalló él.

—Confío en usted —repitió Cintia soñadoramente—. Mi madre nos ha echado a perder a todos, obligándonos a vivir con una rigidez absurda, en un círculo de gentes ricas y poderosas..., pero sin dejarnos disponer más que de centavos. Leonard era el peor, usted sabe... Siempre molestándonos cruelmente, burlándose de la pobre Annie, haciendo mofa de su desgracia... Un degenerado. ¿Le sorprende que le hable así?

—A estas alturas ya no me sorprende nada. Siga.

—Fue Annie quien lo mató.

Mike estuvo a punto de brincar fuera de la cama, pero el brazo que le apresaba hizo presión y casi cayó sobre ella.

—Fue durante uno de sus ataques..., últimamente le dan más a menudo. El se lo tenía bien ganado. Mamá despreciaba a Leonard y lo arregló todo inmediatamente. Papá habló con el capitán Hawes y prepararon el escenario para simular un suicidio y evitar el terrible

escándalo... y que Annie fuera encerrada en un manicomio para dementes peligrosos.

—Eso es una monstruosidad.

—Mamá sigue estando segura que Annie lo hizo porque Leonard la provocó hasta la exasperación. Ella, realmente, cree que Annie no es ningún peligro. ¿Comprende ahora por qué yo quiero que usted acabe con esta situación? Ella se verá obligada a ponerla en manos de los psiquiatras y dejará de significar una amenaza para cualquiera que acierte a estar a su lado cuando sufra otro de sus terribles ataques...

—Ya veo... ¿Dónde entra Merrit en este asunto?

—No lo sé exactamente. Yo creo que de algún modo supo lo que sucedía y trató de explotarlo, aunque no puedo comprender cómo lo supo. Nadie intervino, excepto el capitán Hawes, y éste jamás diría una palabra. Mamá le llena de dinero todos los meses.

—Escuche, linda. Creo que seguimos un camino errado. Hawes puede ser lo que usted quiera, pero me resisto a creer que sea también un asesino. Y si Merrit intentó chantajear a su madre, ¿quién otro que no fuera el capitán hubiera podido librarla del chantajista? —No puedo pensar en nadie más.

—No lo creo.

—Entonces, ¿qué?

—Hay algo más... algo más oscuro y sórdido.

Ella tiró de él. Sus labios quedaron al alcance de la muchacha y se fundieron en un largo y desesperado beso.

Mike se libró de la presa casi un minuto más tarde.

—Eres una chica con ideas fijas —rezongó—. Hay cosas más importantes que hacer ahora.

—Para mí no.

—¡Oh, al diablo con eso!

Se levantó, nervioso. De pronto dijo:

—Iré a ver al capitán y te aseguro que va a ser definitivo. Vístete, nena, la fiesta terminó.

—¡Pero si ni siquiera ha empezado!

—Aunque ahora es de día, ya habrá otras noches. Ahora vístete, y esto también es definitivo.

Refunfuñando, ella arrojó la sábana a puntapiés. Mike se volvió de espaldas y para entretener la espera dio un vistazo al contenido

del sobre que le entregara el sargento.

Contenía los mismos objetos que él ya vio en los bolsillos de Merrit cuando los registró. Todo estaba allí: la billetera, los documentos, el encendedor de gas y las llaves...

Ella hizo saltar en la palma de la mano, mientras a su espalda, Cintia se vestía sin dejar de quejarse.

De pronto quedó rígido, mirando el manojito de llaves que tenía en la mano.

Había cuatro. Dos de cerradura «Yale», modernas, otra semejante un poco más grande, y una pequeña, con una cifra grabada profundamente.

Esa llavecita fue la que hizo que su instinto despertara con la fuerza de un golpe.

Se volvió en redondo, mientras la muchacha terminaba de ajustarse la falda. Mike tomó la chaqueta de un zarpazo y exclamó:

—No puedo esperarte, nena. He de salir ahora mismo.

—¡Eh! ¿Qué juego es éste?

—Te lo contaré algún día, si volvemos a vernos.

—¡Te esperaré aquí!

—Muy bien.

Salió disparado. Con un suspiro, Cintia volvió a quitarse las ropas, recogió la sábana y se acostó.

Tal como dijera Mike, era una chica con ideas fijas.

Era un *bungalow* pequeño y acogedor, aislado entre copudos, árboles y rodeado de espeso césped. Desde la calle apenas se distinguían algunos trozos de fachada por la que se encaramaban enredaderas de un verde intenso.

Mike observó todo desde cierta distancia, después de abandonar el «Cadillac» en una esquina.

Aquél era un distrito residencial y tranquilo, encaramado en la falda de una colina.

Se deslizó por el césped hacia la fachada posterior. Las ventanas estaban abiertas, pero veladas por cortinas que se mecían con el airecillo que llegaba del mar.

Pegado a la pared escuchó. Oyó un rumor de voces y sus nervios dieron un tirón. Allí estaban. La situación debía haberles puesto nerviosos obligándoles a reunirse a pesar de la hora.

Cautelosamente se acercó a la ventana de la que salían las voces.

Era una mujer la que estaba diciendo:

—¡Te advertí que no lo hicieras!

Luego, un sollozo cortó la voz. Un sollozo desgarrado, terrible.

Un hombre barbotó:

—No podía hacer otra cosa. ¿No quieres comprenderlo? Había que hacerlo... ¡Había que hacerlo!

—¡No, no!

Mike empuñó la «Magnum», quitándole el seguro con un golpe del pulgar. De un zarpazo apartó la cortina y pasó la mano armada por encima del alféizar.

—Se acabó, Keller —ordenó—. Coloque las manos sobre su cabeza y no se mueva ni para respirar.

El periodista se quedó igual que convertido en piedra. Más allá, Livia Anderson empezó a levantarse poco a poco de la silla en que estaba sollozando y luego se detuvo a la mitad del movimiento.

Mike saltó al interior y volvió a correr la cortina a sus espaldas.

—¿Dónde lleva la pistola, Keller?

El reportero, pálido y macilento, parpadeó.

—¿Qué pistola? —dijo con voz tensa.

—La «32» con que asesinó a las dos mujeres que tenían la desgracia de llamarse Margo. Vamos, no voy a repetirle la pregunta.

—No sé de qué me habla. ¿Pretende insinuar que yo...?

—Nada de insinuarlo. Tengo todos los detalles de la trama, maldita bestia sanguinaria... Ya no matarás más así tenga que clavarte los nueve plomos de este juguete...

Livia volvió a sentarse con la misma lentitud y se quedó tan quieta que igual hubiera podido estar muerta.

Mike dijo:

—Pude haber abandonado este sucio asunto; pude haberlo hecho. Pero el atentado contra Eveline colmó la medida. ¡Querías matarla a ella también!

Livia dejó escapar un quejido.

Keller rechinó los dientes.

—¿Cómo lo supo? —Fue todo lo que dijo.

—No fui muy listo en este caso. Sólo la casualidad y en parte mi intuición me ayudaron hace apenas una hora, cuando me fijé en las llaves de Merrit.

—¿Las llaves?

—Una de ellas correspondía a un apartado de alquiler en la cámara acorazada del Shaving Bank.

—¡Condenación, los originales!

—Ni más ni menos. Y los clixés de las fotografías.

Livia levantó la cabeza.

—¿Qué va usted a hacer con todo esto? —preguntó con un hilo de voz.

Mike la miró. Los ojos de la mujer eran dos simas de desesperación.

Antes que pudiera responder, ella añadió:

—Después de todo, poco importa ya. En toda mi vida nadie se había acercado a mí. Ningún hombre quiero decir. Mamá siempre me dijo que yo era horrible, que no debía pensar en los hombres. Estuvo repitiéndolo desde que tuve uso de razón. Pero yo pensaba en ellos..., pensaba más y más... ¡Cada día más! —estalló de pronto.

—La comprendo. Y entonces apareció Keller.

—Sí, un día apareció Henry. Yo supe desde el principio que no podía soñar con inspirarle amor..., pero él satisfacía mis ansias de algún modo. Y así empezó todo.

—Así empezó el gran negocio para Keller —rezongó Mike—. Usted estaba bien colocada junto a su padre en el Ayuntamiento, sabía qué proyectos se elaboraban y dónde se pensaba llevarlos a cabo. Una escuela, un campo de deportes municipal, las piscinas públicas, el mercado, el desvío de una carretera... Hay documentos entre los papeles de Merrit que lo detallan. Usted se lo decía a Keller mucho antes de que la cosa estuviera siquiera terminada. Keller compraba los terrenos por un precio irrisorio, naturalmente, y los vendía al Ayuntamiento por otro astronómico cuando llegaba la ocasión. ¿Sabe usted cuánto tiene en su cuenta corriente actualmente? En sus cuentas en Los Angeles, para ser exactos. Eso también lo averiguó Merrit...

—¡Cállese, maldito! —vociferó Keller, empezando a bajar las manos.

—No me tienta, hijo de perra. Siento terribles tentaciones de disparar sólo por lo que intentó hacer con Eveline...

Keller se inmovilizó. Mike dijo suavemente:

—Un millón trescientos cuarenta mil dólares, Livia.

—¡No! ¿Tanto?

—Ajá. Y además, su romántico amigo había arreglado su pasaporte para Europa..., me temo que para dejar atrás ese amoroso episodio de su vida.

Livia se irguió.

—Ya tenías suficiente dinero, ¿no es así, Henry? Seguía jurándome que no me abandonaría nunca, que todo me lo debías a mí..., y estabas a punto de marcharte para siempre. ¿Qué clase de reptil eres tú, Henry?

El reportero ni siquiera la miró. Mike señaló el teléfono.

—Llame a la policía usted misma, Livia..., al sargento Mander, por favor. Después de todo, él se lo ha ganado también.

Livia susurró:

—¿Y las fotografías? Una cosa tan sucia..., ¿es necesario?

—Las quemé.

—¿Usted?

—¿Qué otra cosa podía hacer? Sólo conservé los documentos, estados de cuentas y todo lo demás. Pero ninguna fotografía.

Ella estaba junto al teléfono, paralizada de estupor. Con un hilo de voz sollozó:

—Usted... usted es tan distinto..., ningún otro hubiera hecho una cosa así, Timbel. Algún día yo... yo encontraré la manera de agradecérselo...

—Olvidelo, muchacha. Usted ya pasó lo suyo.

—No, yo...

Como una autómatas, avanzó hacia él. Mike exclamó:

—¡No se mueva, no se cruce en...!

Demasiado tarde. Keller pegó un salto prodigioso al tiempo que la mujer se interponía en la línea de tiro de Mike.

El reportero esgrimió su pistola del «35». Mike rugió al empujar brutalmente a Livia, en el instante en que resonaba el primer estampido de la pistola de Keller.

Livia se estremeció. Mike lanzó un rugido y tiró del gatillo. La bronca voz de la «Magnum» estremeció las paredes y mandó una andanada de muerte contra el asesino, zarandeándole, tirándole de cabeza contra la mesa primero y aplastándole contra la pared después, donde se deslizó al suelo como un muñeco roto.

Mike saltó hacia él, ciego de ira. Le descargó un salvaje puntapié, que arrojó la pistola al otro extremo del cuarto, y laceró los dedos de la mano crispada por la muerte.

—¡Maldito seas! —barbotó.

Un quejido le obligó a volverse. Livia se arrastraba hacia él dejando un reguero de sangre a su paso.

—Timbel...

El se arrodilló a su lado.

—Llamaré al hospital, Livia..., vendrán por usted.

—No... no quiero..., está bien así. ¿No comprende?

El comprendió. La herida era mortal de todos modos, así que siguió sosteniéndola en brazos, arrodillado a su lado, mientras ella musitaba:

—Fue hermoso al principio, Timbel..., usted no puede comprender...

—No hable.

—Déjeme decirlo..., yo necesitaba amor..., pero era tan horrible..., mamá siempre... y Keller me dio algo de lo que necesitaba...

—Está bien, ya sé todo eso. Ahora no hable. He de llamar a un médico, Livia.

—¿Para qué...?

Su cabeza cayó a un lado y todo acabó. Despacio, Mike la depositó en el suelo y luego descolgó el teléfono y habló escuetamente con el sargento Mander.

Ahora, el asunto había terminado definitivamente y ya nadie podría detener los últimos acontecimientos.

Había caído la noche cuando Mike condujo el «Cadillac» en busca de la carretera que habría de llevarle a Los Angeles.

Pasó despacio por delante del Golden Beach Hotel. Titubeó. En su habitación quedaba una pequeña maleta sin valor... y una muchacha tendida en su cama.

Detuvo el coche y entró, sólo para abonar su cuenta. Dijo que mandaría a alguien por su reducido equipaje y regresó al coche.

Estaba bien así, pensó. Cintia estaba tan lejos de él espiritualmente como los astros que chispeaban en la inmensa y oscura bóveda del firmamento.

Su destino estaba en Los Angeles. Quizá con el tiempo, lo que

una vez pudo ser y no fue, se convirtiera en realidad.

¿Por qué no?

El tiempo borra todas las heridas. Eveline volvería a vivir, y reír, a soñar.

Volvería a amar.

Y cuando eso sucediera, él estaría allí, junto a Eve. Ya no se apartaría de ella nunca más.

Entró en la autopista, hundió el acelerador hasta el fondo y continuó soñando.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

